

# CARAS OCULTAS

Vicente Camus



# Capítulo 1

## PRELUDIO

Febrero, 1990

*"La llevó, sosteniéndola por la espalda, desde debajo de sus brazos, así como estaba; herida y semiinconsciente. Con manos enguantadas, la arrastró unos diez metros para cruzar el patio central, desde las escalinatas del edificio de tres pisos hasta las bodegas. Le bastaba su poderoso brazo para contenerla, mientras con su otra mano abrió una puerta doble de metal que los puso dentro de un galpón. A unos pasos a la derecha, una reja, la cual también abrió. Una vez traspasada, en seguida se ofrecían los fríos escalones que dirigían directo abajo, al subsuelo, donde se mantenían las tinajas y otros recipientes de leche. Todo estaba demasiado oscuro. Sin ráfaga de luz mínima que penetrara ni rendija alguna, por pequeña que fuera. Pero el hombre sin titubear por esa causa, seguía avanzando. Conocía a perfección el entorno dónde se encontraba y hacia donde iba. La mujer recuperándose con lentitud, comenzó a llorar; aun en su estado de despabilamiento, percibía el latente peligro, mientras era arrastrada por su agresor, tomada como un bulto desde el costado. Intentó gritar, pero su boca estaba bien cubierta por la mano enorme del victimario. Lloraba, esforzándose con todo su poder por salir de su aprisionamiento. El hombre detuvo su marcha, la levantó con brusquedad y la golpeó con una cachetada brutal que la dejó sentada en el suelo. Ella sollozando pedía saber dónde estaba; por qué estaba allí, mientras se echaba hacia atrás en el piso, arañando en su movimiento la tierra descubierta bajo ella, procurando alejarse del hombre, temblando y tomando su barriga al tiempo que imploraba piedad. Él, la amordazó y vendó. Luego sacó un cuchillo del bolsillo interno de su chaqueta y en dos pasos se puso frente a ella de pie, mirándola fijo, para después agacharse, quedando encuclillado a su altura. Las gotas de sudor en él, por el esfuerzo hasta ahí realizado, parecían resbalar en una estatua. El atacante se asemejaba más a un ser inmaterial con cuerpo, que a un humano. Ella pudiera haber tenido el corazón saliendo a golpes por su blusa o su estómago tan trenzado como una soga, pero para él nada era relevante; nada lo descomponía. Cumplía su rol de forma metódica y eficaz. Sin dudar ni temblor alguno, cercenó su cuello, con un corte preciso. Rápidamente la sangre se vertió sobre el cuerpo de la mujer resbalando hasta el piso. El victimario tomó unos paños, que con clara intención de usarlos, había dejado sobre un mesón. Los puso sobre el pequeño charco rojo que se había formado alrededor del cuerpo ya sin vida; con otro, rodeó el cuello de ella para controlar el borboteo del fluido*

*vital. Luego, sacó su pañuelo y frente a su víctima, limpió su cuchillo. La miró desangrarse e irse.*

*Una vez consumado el hecho, dejó su cuchillo junto al cuerpo inerte de la mujer, se levantó, se dio la vuelta y recorrió con pasos seguros y pesados, lentamente el camino de retorno de vuelta hasta la escalera. Subió sin apuro los escalones de crujiente madera hasta llegar al primer piso. Cerró la reja tras de sí, lo mismo el portón posterior y se fue. La noche siguió su curso, el resto del mundo giró normal."*

---

Ese fue parte del borrador del primer informe periodístico que detallaba la muerte de una mujer de no más de treinta años, no identificada, en una sangrienta noche de septiembre de 1973. Hoy, a diecisiete años del suceso y a un año del descubrimiento del cadáver, al fin se sabe de quién se trataba la víctima, quién fue su asesino y el por qué o con qué motivos siniestros lo hizo. Más de década y media había transcurrido para que la verdad saliera a la luz, algo que parecía estar destinado a suceder con respecto a muchos casos más. En un período revulsivo del Chile desde 1989 hacia el futuro.

Culminar este informe me significó una participación insospechada en hechos que con el tiempo develaron toda una cruda y oscura realidad, oculta por años y que, a muchos nos dejó marcas de experiencias tristes y dolorosas.

Mi labor consistió tanto en recoger y organizar lo que otros investigaron, como en descubrir por mí misma, elementos importantes, apoyada con personal policial, hasta lograr armar el puzle; el cuadro completo de una historia desconocida, impensada y potente.

Otros fueron los que iniciaron, a sabiendas o no, los hallazgos fundamentales y necesarios para develar lo que ocurrió. Específicamente dos personas que, aun siendo muy disímiles en edad, experiencias y vidas, con sus aportes desencadenaron la serie de sucesos que expondré y que culminaron en un desenlace insospechado.

El primero de estas personas, un adolescente cursando el tercer año medio de un Liceo Industrial; joven curioso, inteligente y asertivo.

## Capítulo 2

### **PARTE I**

Un Año Atrás

El estudiante curioso

*Julio 1989*

Para muchos de ellos, de mis compañeros, era una lata estar sentado allí, en la sala de clases. Pero solo para mí era un verdadero calvario. Sufría como ninguno por malgastar mi tiempo, que considero valioso, en estar en una escuela técnica industrial. Tampoco había querido ir a una de corte más humanista. Mi problema era en general con el sistema de educación existente, la falta de oportunidades equitativas para todos de llegar a estudiar lo que uno en verdad quería, cumpliendo además el sueño familiar de llegar a la Universidad. Después de meses de incertidumbre y revisiones de programas de muchos liceos, escogí una carrera técnica por descarte, para salir rápido del trámite. Mi único propósito era terminar luego la enseñanza media, con "algo" como se dice, un título en una carrera al menos, más que solo un Cuarto nivel de enseñanza Media, que era una base insuficiente para sobrevivir en el mundo moderno. Pensaba en poder trabajar ganándome el sustento y dedicarme a lo mío, lo que me apasionaba: la música, leer, escribir; las artes. Imagino que muchos jóvenes de mi edad, hacen lo mismo... solo soñar.

Cada día que llego y me siento en este asiento frío, debo auto motivarme, pensando que pronto saldré de aquí o, mucho más románticamente, imaginar que estoy haciendo lo que en verdad amo. Jamás fue lo que soñaba para mi vida el trabajar con unos fierros, andar con bototos de seguridad, mameluco (overol), o transportando una caja de herramientas; mucho menos mi madre, que sin embargo, accedió a mi decisión, tanto porque económicamente no había (ni nunca hubo tampoco para mis hermanos) posibilidades de pensar en una carrera universitaria, donde sí estaban horizontes de conocimiento y desarrollo a mi gusto; como por mis argumentos convincentes respecto a lo práctico que era tener una carrera rápida tras salir de la enseñanza media..

Y acá estoy, en otro día más. Un típico día lunes de invierno de los ochenta. Se cantó con entusiasmo la canción nacional, como cada inicio de semana, y luego pasamos por la fila para recibir la hostigosa leche con sabor a "algo" que nos daban, junto a un pan pequeño. Después, a ubicarnos en nuestra sala en el ala este del establecimiento, la del tercer año medio "A", que quedaba al costado izquierdo de la escalera que separaba el edificio de oficinas con el patio que a su vez separaba dicha infraestructura con el sector de los Talleres. Nuestra sala era, al igual que

las demás, una habitación donde cabían precisas las quince mesas dobles. Como en todas, con un pizarrón enfrente y como todas, en extremo fría; en cualquier época del año.

Ahora en la segunda quincena de julio, después de haber vivido un día anterior muy cálido en Santiago, todos retornamos de las vacaciones de invierno. Parecía que el frío se había acomodado con gusto en esta sala, pero aún mucho más decididamente en la silla que yo ocupé. Entonces, inevitable, vino a mí la pregunta existencial que cada invierno me hacía:

¿Por qué siempre en vacaciones los días son hermosos, con cálidos y agradables rayos de sol infiltrando las ramas con las todavía húmedas hojas que quedaban en los árboles; días que invitaban a salir a caminar, recorrer los parques y hacer actividad, cuando en realidad debían ser días grises de mucha lluvia, fríos para que así diera gusto quedarse en cama, acurrucado, con el calor de una estufa, una sopa caliente y un buen libro?

De las muchas cosas inentendibles de la vida.

\*\*\*

A pesar de los saludos de rigor, aún entre mis compañeros y yo no había demasiada confianza. Fui uno de los cuatro llegados este año al Liceo, siendo integrados a un grupo que venía de cuatro semestres juntos; dos años previos a la elección de la especialidad. Esa diferencia con nosotros, los nuevos, la mayoría la hacía notar. La adaptación me resultaba dificultosa.

—¡Hola poh Matus! —me dijo con su típico tono gracioso Pedro Rivas, un muchacho dueño de peculiares características: una prominente nariz y una boca del estilo que llaman "cajón pa'fuera", por tener su mandíbula inferior algo más salida respecto de la superior. Aquello y su forma de respirar al correr, le valieron el apodo de "perro". Alias que él odiaba se lo recordaran.

—¡Hola Rivas!—le respondí breve. Todos tomábamos nuestros puestos a la espera de la llegada del profesor Luis Cortez; nuestro profesor jefe.

A medida que entraban a la sala y se acomodaban, entre los compañeros la recurrente pregunta, con algunas variaciones, era: "¿Saliste en tus vacaciones?". Algunos se esforzaban por responder con algo entretenido; con mucho o todo de inventado. Otros, solo se limitaban a dar monosílabos, sin mucho ánimo. Sin dudas las charlas más graciosas y efusivas eran entre los grupos de amigos. Algunos que incluso se habían visto o juntado durante ese período. Cosa rara, me parecía, querer verse y reunirse con compañeros en las vacaciones. ¿O, era yo el raro?

En cuanto a mí, a la hora de conversar, por ese sentido de integración que ya tenía internalizado desde la crianza, siempre dado al buen trato y respeto por los demás, yo prefería buscar conversación con los menos populares o que evidenciaban alguna limitación de personalidad. Era el caso de Gastón Rodovira. El compañero centro de las burlas por parte de la mayoría de los muchachos, dado un conjunto casi perfecto de características que lamentablemente reunía: su dibujada redondez y baja estatura; su tono cobrizo de pelo y abundancia de pecas; pero por sobre todo, su tono de voz campechano, heredado de sus padres del sur, donde se crió y desde donde vino a vivir a la capital, a Santiago. Ese "campo" como le decía, era un lugar al que amaba como a nada y que era lo único que podía, en un buen día, darle suficiente ánimo, así como palabras, para contar algo. El resto de las ocasiones era consumido por su timidez y dificultad para expresarse de modo que fuera fácil de entenderle.

—Hola Rodovira. ¿Cómo la pasaste en tus vacaciones? —le dije

—Bien —contestó.

—¿Fuiste a tu campo?

—Sí.

—¿Estaba como recordabas?

—Sí. Bien.

Era un buen diálogo, considerando quién era mi compañero de banco.

Mientras, en medio de la baja temperatura del ambiente, que no permitía quitarse los guantes de las manos y nos sacaba vapor de las bocas tras cada exhalación, yo tenía que mentalizarme para aprender lo que no me interesaba y escuchar a Cortez, que en esos instantes llegó dispuesto a hablarnos...

\*\*\*

La primera semana de clases tras las vacaciones siempre trascurría muy lenta para la mayoría. Nos costaba duro trabajo reponernos del descanso vacacional y retomar la rutina de jornadas de temprano despertar y levantarse; tan duro esfuerzo como el tener que utilizar los cerebros para mucho más que pensar en fútbol, mujeres o algún nuevo juego de video como el Final Fantasy Legend o Prince of Persia.

El horario semanal que ahora repasaba el profesor Cortez, tenía el distintivo de los días martes y jueves, que era cuando debíamos pasar en Taller. Nuestra especialidad "Aire Acondicionado y Refrigeración", al igual que las demás, tenían su propio lugar destinado a horas de "laboratorio",

donde se impartían las clases de materias más relevantes y específicas. En nuestro caso: refrigeración, aire acondicionado y calefacción.

Era en esos momentos cuando más añoraba mi guitarra o mis libros; una libreta y un lápiz se volvían anhelo, para escribir mis letras o relatos. Venían melodías a mi cabeza, ideas de versos, historias que relatar. Tenía tanto para crear, tanto para...

—¡Señores, ¿ha quedado claro?! —dijo el profesor Cortez, después de dar una charla pausada acerca de la conducta en sala y en especial en el taller donde el peligro de accidente era una constante. Respondí "Sí" como todos, pero no había oído nada. Rodovira me miró, apuntó con su boca adelante hacia el profesor y me dijo susurrando:

—Se lo cortó ¿ve?

—¿Qué? ¿Qué cosa? ¿Quién? —no lograba comprender qué me quería decir.

—¡El profe pué! Fíjese, el bigotón, se lo cortó, lo tiene más delga'ó iva!

Dado que no había oído el discurso de Cortez, tampoco me había percatado de que por mucho rato los muchachos se reían y murmuraban del nuevo corte de bigote de él. Hasta Rodovira se atrevía a hacérmelo notar.

—Ahora se le ve el labio de arriba por lo menos —lanzó un compañero desde atrás

—Quedó como el Zorro, pero canoso —dijo otro y las risas no esperaron.

—¿Qué pasa muchachos? —dijo Cortez sin afanarse, sentado en su escritorio, con su cara de bonachón y estilo jovial.

—Se ríen de usted profe —dijo Rivas riendo con esos desordenados crespos café que adornaban su cabeza.

—¿Ah? ¿de mí?! —preguntó Cortez

—Sí, porque se cortó el bigote y ya no parece mexicano —lanzó Rivas a carcajada limpia y sin temor. Risas otra vez. Incluido el profesor.

—¡Bah! ¿No puede uno arreglarse ahora?. Viven pendientes de puras leseras —refunfuñó Cortez.

—¡Buena profe! Pelo ordenado, buen pantalón, bigote refinado... parece que tenemos cita má' rato —dijo Bustamante, compañero de puesto de

Rivas.

—¡Ya, ya paren la tontera! No se pasen de la raya y llenen la hoja que les entregué con el cuestionario. Quedan cinco minutos para su siguiente clase —cortó así el diálogo Cortez.

Aquello dio término al momento de relax. Al profe no le gustaba cuando empezaban con esas "tallas", porque sabía que llegarían al tema de su histórico y mil veces desmentido romance con Rose Petri, nuestra gringa profesora de Inglés Técnico, que era provocadora de los máximos suspiros en todo el Liceo.

\*\*\*

Primer día martes, día de taller, o medio día en rigor. Después de las primeras horas de clase de las materias básicas que habían estado especialmente aburridas —lo eran cada vez que debíamos estudiar cálculo para evaluar calorías, pérdidas de calor, etc.— habíamos tenido, por contrapartida, nuestra liviana y agradable clase de Inglés con Miss Petri.

Más tarde, al llegar al taller, todo seguía igual. La entrada con su puerta metálica de medios ventanales y un gran candado. Traspasado, nos adentrábamos unos pasos por el interior del taller de Estructura Metálica, desde el cual girábamos topando de frente con la reja herméticamente cerrada que daba a una escalera de bajada, conducente al subterráneo, donde Juanito el auxiliar, siempre llevaba y subía los tarros grandes de basura. Doblando a la izquierda, nos encarábamos ya con nuestro taller.

El galpón de nuestra especialidad era un lugar de menor tamaño que el de otras, como Estructuras Metálicas, Instalaciones Sanitarias o Mueblería. No obstante, era un lugar con espacio suficiente para las máquinas y equipos que se requerían considerando el número de alumnos. Tenía una forma tipo L.

Con altura suficiente para dos pisos, se usaba una sección de ese "segundo nivel" donde se alojaba el área de "sala" o laboratorio, para recibir las instrucciones o materia referentes a los trabajos que ejecutaríamos ese día, y que luego se practicarían con las herramientas y maquinarias.

Esa misma altura, se hacía cómplice ahora en invierno, para mantener la baja temperatura que allí dominaba. Ciertos días era un verdadero congelador. "Bien planificado para nuestra especialidad", nos consolábamos. Sin artefacto alguno que calefaccionara, lo que siempre consideré una paradoja cruel para quienes, íbamos a aprender los menesteres e intrincados cálculos que permitían las soluciones calóricas

adecuadas para diversos recintos: "En casa de herrero..."

Las máquinas, tan desconocidas como novedosas para mí, eran viejas en el establecimiento. Me parecían frías y lejanas. Estaban un par de máquinas plegadoras y otras guillotinas, para hojalatería[1]; varios mesones amplios con tornillos mecánicos y un esmeril eléctrico cada uno; unas soldadoras al arco y de oxígenoacetilina. Además había repartidas partes de ductos de aire acondicionado, otras de refrigeradores viejos y cañerías para calefacción.

Yo, que con suerte había usado alguna vez bien un serrucho, me predisponía con real esfuerzo mental, a pasar dos años, entre herramientas y máquinas a las que les tendría más temor que interés. Mis días de martes y jueves serían los peores, y como mi suerte este año iba en picada, en el país se dio inicio al proyecto educacional de jornadas largas, lo que, para el caso de los liceo técnicos e industriales, implicó el uso de esa "ventaja" los días de taller, lo que resultaba en dos o hasta tres horas más de clases esos días.

Ahora, entrando ya al galpón-taller, se podían ver las plegadoras rígidas al piso, sólidas, siendo las primeras en aparecer a la vista, dándonos la gélida bienvenida. A la izquierda, de frente a la escalera del subterráneo, el pañol; la pequeña bodega donde se guardaban todas las herramientas y materiales. Al fondo accedíamos a la escalera que nos llevaba al segundo nivel, para ubicarnos en la pequeña "salita" donde esperar la clase teórica. Era un espacio algo incómodo, dado la poca luminosidad que había. Ni los profesores soportaban el aspecto gris general del lugar.

—¡Camina poh hombre! —me dijo el chico Bustamante, atropellador como era, pasando a mi lado a empujones y dejando a otros dos volteados por su impulso.

Una vez que llegamos arriba, nos acomodamos en nuestras ubicaciones y a los veinte minutos llegó, como de costumbre atrasado, el "profe Mata"; Patricio Matamala. Hombre moreno, alto, macizo, de cejas muy generosas y pronunciadas. Grandilocuente y expresivo. Con su tradicional forma discursiva, comenzó su clase de hojalatería. Al rato después, estábamos abajo, disponiéndonos a aplicar lo visto, mientras las conversaciones fluían entre los partidos de fútbol del fin de semana o cosas familiares, como fiestas y otras.

—¿Vas a fiestas tú, Matus? ¿Tienes polola?—me preguntó Pedro Rivas

—Depende.

—¿Y de qué depende? Jaja.

—No tengo polola. Y sí puedo ir a alguna fiesta —dijo sin ánimo de más explicaciones.

—'Soi' muy fome poh, por eso —me dijo Bustamante—. Éste debe ser religioso, por eso es así.

—Nada que ver —dijo Rivas— ¿Cómo el Pavéz? Ese es evangélico y me dijo que pololeaba.

—¿En serio? —dijo el chico Bustamante

—¡Pavéz! —dijo Rivas, gritando a voz en cuello, sin titubear y con su desparpajo permanente.

—¿Qué le pasa hombre?! —fue el llamado de atención del profe Mata. Rivas solo se rió y repitió el grito como si nada.

—¡Pavéeez! —Matamala lo miró con desdén.

Manuel Pavéz estaba a la vuelta del taller, en las máquinas de soldar y por eso no había oído el grito. Cuando se dio cuenta, se acercó.

—Pavéz, ¿sí o no que me dijiste que pololeas? —le dijo Rivas sin apenas dejarlo ubicarse con calma. Pavéz, desencajó el rostro y enrojeció—. Ya poh, ¿sí o no? —insistió Rivas.

—O sea, sí, pero es distinto —dijo entrecortado Pavéz.

Rivas, Bustamante, yo y otros dos que estaban allí; Venegas y Vásquez, todos, nos miramos extrañados.

—¿Cómo distinto? —preguntó Bustamante.

—Es que, nosotros no pololeamos como toda la gente.

—¿Quiénes son "nosotros"? y, ¿Cómo pololean? ¿Cómo los perros? —dijo burlándose Bustamante.

—¡No poh gil! —dijo Rivas—, dice "ellos", por los evangélicos. Cierto, ¿compadre?

—Sí —respondió tímido Pavéz

—Y.. ¿qué? ¿No se dan la mano, no se dan besos, no se las has tocado? —preguntó Rivas, acompañando cada idea con un movimiento descriptivo.

—Es que acá es como complejo decir... explicar...—dijo Pavéz cada vez menos audible y apretando más sus manos que le sudaban fuera del guante.

—¿Oye y toman algo? ¿Un vinito, un pisquito? ¿Fuman? —preguntó Bustamante.

—Éste es imbécil, no le hagas caso Pavéz —dijo Rivas, riéndose en claro tono cómplice con su aliado Bustamante. Todo era parte del típico show que montaban, donde uno asumía el rol de burlón y el otro el de defensor, pero finalmente todo era una escena más, del mismo acto: humillar al centro ocasional de su estilo mordaz y muchas veces malintencionado.

—Ya muchachos, dejen de molestar y conversar. ¡Trabajen! —dijo Matamala, apurando los ejercicios pero también salvaguardando a uno de los suyos, de sus "hermanos" o debería decir: "ovejas"; Matamala era pastor.

Poco después sonó el timbre de recreo, donde aprovechábamos de salir del encierro. Ir al patio, caminar y por qué no jugar a la pelota, que eran los pasamientos predilectos. Yo también aprovechaba de comer la marraqueta añeja con algo de miel que me traía de casa y leer. Subí al segundo piso a buscar aquello.

—¿Por qué lees tanto Matus? te vas a enfermar del cerebro —dijo Rivas, riéndose mientras bajaba por la escalera para irse a jugar a la pelota.

\*\*\*

Mientras comía la marraqueta, también devoraba una revista religiosa de mi hermana que había traído desde mi casa, y que decidí leer solo porque a veces contenía temas científicos muy interesantes acerca de nuevos descubrimientos médicos, o especialmente del universo que eran mi fascinación. En eso estaba cuando llegó a mi lado Erwan Bustos, un compañero de muy buen trato. Un muchacho de mediana estatura, pelo ondulado largo, tez blanca, ojos azules y sonrisa amplia. Buen tipo; corpulento pero sencillo y pacífico. Inteligente pero no avisado.

Lo que pasaba con él era curioso. Podíamos tener excelentes conversaciones. Era con quien mejor me llevaba por lejos. Lo consideraba humilde en su pensamiento y para nada parecido al estilo de Rivas o Bustamante. Pero, me producía una sensación extraña su cercanía. Por una parte su actitud, me llevó muchas veces a pensar que me admiraba o sentía una cercanía de hermano conmigo, pero no fueron pocas las otras veces que dudé de que no fuera la envidia o la competencia lo que le motivara. Eso se me hacía patente a la hora de las pruebas y evaluaciones. Siempre me preguntaba cómo me iba y se comparaba. A veces yo le ganaba, en otras, sobre todo en lo práctico en taller, era

muchísimo mejor que yo. Pero aun así, creo que no se sentía satisfecho con eso y tenía un deseo interno de superarme en todo. El problema para él, era que a mí no me importaba y eso creo, que lo dejaba más descontento. En fin, de todos modos, entre más y menos, Erwan era un buen compañero y en quien podía confiar.

—¿Qué lees ahora? —me preguntó

—Algo acerca de Carl Sagan. ¿Sabes quién es?

—mmm no.

—Es un reconocido científico astrónomo y astrofísico. Sus teorías son famosas respecto al universo, su origen y expansión y, de la búsqueda de vida extraterrestre.

—Ah ya. Y... ¿siempre lees de eso?

—No, no siempre, pero me fascina todo ese tema.

—Yo soy malo para leer amigo. Pídemelo armar algo con mis manos y de alguna manera lo haré. Soy hábil. Pero para leer... soy nulo, pero digo: nulo, nulo, nulo.

—Te creo. Bueno, no todos somos iguales ni tenemos los mismos intereses. No somos hábiles en todo. Yo odio estar acá, por ejemplo.

—Jaja sí, me lo habías dicho. Oye ¿escuchaste lo que hablaban los muchachos abajo?

—No. ¿Abajo, dónde? ¿Quiénes? —yo y mi constante estado desinteresado y ajeno a todo lo que pasaba allí.

—Los cabros, ahí en el pañol. Estábamos en fila esperando algunas herramientas, y uno de ellos se dio vuelta hacía la escalera donde baja Juanito la basura.

—¿Ya, y?

—Dijo que en ese subterráneo había más que tarros con basura, que todos sabían que el subterráneo era grande.

—Ah, sí, bueno sabemos que nuestro taller tiene esa particularidad de ser el único con acceso al subte. Y me imagino que hay varias cosas abajo.

—Sí, pero lo que comentaron todos, fue que lo que hay abajo es una

profesora de acá, muerta.

—¿Ah, sí? Jaja, no, no lo había escuchado. Y ¿de dónde sacaron eso?

—No sé, pero después Rivas y Bustamante lo confirmaron diciendo que desde que llegaron al liceo estaba ese rumor. Que los más grandes de cuarto medio se los habían dicho.

—Bueno, debe ser eso. Es típico que los más grandes se den ínfulas con los nuevos y les dicen cosas, o para asustarlos o para dárselas de que saben mucho.

—Sí, puede ser, pero, ¿te imaginas?. ¿Y si fuera verdad? ¿Si abajo hubiera secretos ocultos?

—¿Te pasas películas de terror? —le pregunté.

—No, no de terror, pero, bueno, mi mamá me contaba que pasaron muchas cosas terribles por los milicos y Pinochet hace años, cuando nosotros éramos muy chicos. Me ha contado de cuánta gente desaparecida hubo. Que muchos lugares fueron centro de tortura o donde asesinaron a personas por ser de una idea política diferente y lo peor, quedando los familiares sin poder saber nunca de ellos.

—Ah sí, eso es verdad.

—Yo tengo tíos que se perdieron, amigo. Supe incluso que en las familias de varios de acá, por lo menos un pariente cercano o lejano, ya no está.

—¿En serio? ¿Muertos?

—Algunos. Otros se tuvieron que ir del país, como mi tía que se fue a Suecia. Algunos desaparecieron sin saberse nada.

—“Sin saberse nada”. Eso es lo increíble y terrible de lo que pasó en el país. Desaparecer a gente y hacer como que nada pasó...

—¡Muy malditos todos esos milicos asesinos! —continuamente Erwan mostraba su postura política, y por lo común con palabras de alto calibre refiriéndose al período del golpe militar en adelante.

—Sí. ¡Qué terrible todo eso! —le dije, mientras pensaba que en mi familia no sabía de alguna pérdida por motivos políticos, pero lo trágico que eso debía ser para un hogar. Me hacía entender cómo eso explicaba el accionar de muchos que se rebelaban ante todo; eran irreverentes con la disciplina y autoridad o, tomaban la postura de desinterés con el dolor

ajeno.

El resto de día continuó normal. Tras la vuelta del recreo, más ejercicios en las plegadoras y guillotinas. Pero al irnos del taller, al terminar la jornada, no pude evitar mirar con más atención mientras salía, hacia la reja y la escalera al subte. ¿Qué habría en realidad abajo?

[1] Técnica de doblado y corte de planchas de aluminio para confección de ductos de aire acondicionado.

## Capítulo 3

### Retorno al Subte

*Agosto 1989*

Nuevo jueves, día largo de especialidad. Según lo programado y de costumbre llegábamos directo al taller. No estudiábamos ninguna otra materia salvo la que pudiera pasarse arriba en la salita del segundo nivel y atañera al rubro. El profe Mata se apiadó de nosotros esta vez y dejó la hora teórica libre para que estudiáramos materia de la próxima prueba, que era de las más relevantes de cada semestre. Luego, bajamos a la clase práctica que estuvo centrada una vez más, en hojalatería. Usando las plegadoras, previas medidas bien tomadas y calculadas, doblábamos las planchas de aluminio pesado que eran muy filosas y cortantes en sus bordes, por lo que debíamos usar guantes y ser cuidadosos. Tanto las plegadoras como las guillotinas debían estar bien calibradas para poder hacer los dobleces y cortes precisos. Pero todo, adquiriendo la práctica, era una tarea que no nos resultaba demasiado compleja. Un proceso pensado en la generación de los conductos de aire acondicionado que van empotrados en los edificios. Esos típicos que se ven en las películas por donde suben y deambulan algunos personajes para no ser descubiertos.

Reconozco que no se hizo notar el paso del tiempo. Las horas transcurrieron veloces. Ya en pocos momentos apenas, sonaría el timbre de recreo. Matamala antes de dejarnos ir, nos quiso hablar.

—¡Jóvenes, escuchen! —dijo—. Debo ausentarme unos minutos, así que confiaré en que ustedes volverán del recreo de inmediato a seguir trabajando. Mantengan orden y no hagan algo que no les haya indicado hacer —con eso habló en clara referencia a las soldadoras—. Sigán con los ductos. Volveré unos veinte minutos después del recreo.

"Vaya profe, tranquilo", fue la convincente respuesta del grupo.

Cuando volvimos, todos sin excepción fuimos a hacer nuestras labores, aunque no faltaron los que relajaron la norma y comenzaron a jugar alrededor. En un momento me di cuenta que mi guante derecho no estaba. Lo busqué y dado que de seguro no aparecería hasta el final del día (a juzgar por las muchas risas cómplices alrededor), opté por no buscarlo más e ir al pañol, donde hallé a don Juanito ordenando unos materiales.

—¡Hola, Juanito! —le dije.

—Hola muchacho—me respondió.

—Juanito, ¿podría pasarme otro guante derecho, por favor?

—¿Y el que se te entregó esta mañana?

—No lo encontré al volver del recreo. Mis compañeros me lo escondieron y necesito terminar una "pega" —Juanito me miró desconfiando—. Por favor, le prometo que le entrego los dos pares después.

—Yo no puedo pasar y pasar cosas que pierden pues

—Lo sé, lo sé, pero es primera vez que yo le pido —él se movió hasta su caja de guantes y sacó un par en una bolsita. Mientras buscaba, me detuve a mirar el entorno del cuarto que ordenado en diversos estantes y niveles contenía herramientas típicas así como otras de la especialidad: manómetros, bombas de vacío, sopladoras, bidones de gas R12[1], etc.

—Mira, te pasaré el par. No lo pierdas, porque tendrás que pagarlo, ¿oíste?

—Sí, claro.

—Anota tu nombre en el cuaderno me dijo —era el registro de las herramientas que pedíamos del pañol con nombre y cédula de identidad.

—Listo, ¿me puedo ir?

—Sí. ¡Pero debes volver con los dos pares, recuerda!

—Bueno, gracias, ¡se pasó!

—¡Ah, espera! —me dijo, justo cuando yo me giraba para ir a mis labores.

—¿Sí?

—Échame una mano tú ahora. No puedo dejar el pañol abandonado y hay un tarro de los medianos que dejé ahí al frente, ¿lo ves?

—Sí, ¿ese azul que está junto a la reja?

—Sí. Toma —me pasó un manojito de llaves—. La llave con capucha negra es la del candado de esa reja. Ábrela y baja por favor el tarro al subterráneo; está vacío. La dejas justo a la izquierda de la escalera, donde hay otros.

Me pareció increíble que me estuviera pidiendo bajar al subte, siendo que todos suponíamos que era un lugar muy reservado, ultra secreto.

—Ya, yo lo bajo —le dije. Entonces, caminé hasta la reja y giré el candado para abrirlo. Rivas que andaba tontorroneando por ahí con Bustamante, sin más, gritó:

—¡El Matus está metiéndose al subte!, ¡Juanito, le va a robar!  
—afortunadamente, sus gritos no alteraron ni a Juanito ni menos al resto que con el bullicio que solía haber dentro del taller, ni se enteraron. Rivas y el chico Bustamante se me acercaron.

—¿Qué vas a hacer Matus? ¿Vas a robar algo? —dijeron riéndose.

—¡Nada!—dijo Juanito, desde la entrada del taller. ¡Ya, no molesten, pesados! ¡Váyanse a sus cosas! —los dos se fueron, pero me miraban con rostros curiosos.

Finalmente logré abrir el candado. Luego, no sin esfuerzo, tomé el tarro mediano que estaba bastante pesado y poco a poco bajé con él hasta llegar al piso del subsuelo. La luz que tenía solo era la entregaba por un ampolleta de poca potencia y la que llegaba desde arriba por la entrada. Abajo todo era densa oscuridad. Fui girando el tarro para moverlo hasta el lugar que me indicó Juanito, donde en efecto había otros más, de distintos tamaños. En todo momento traté de ir mirando o visualizando el entorno, para conocer el lugar. Quizá sería la única vez que podría bajar, así es que me tomé mi tiempo. Una vez que dejé el basurero y mis ojos fueron acostumbrándose a la oscuridad, divisé mejor; contornos y espacios. El lugar era reducido allí, por una pared a mi izquierda y enfrente lo que vendría siendo el tope no solo del taller sino del propio establecimiento. Me puse de frente hacia esa pared lejana, cada vez viendo mejor. Noté un par de mesones; algún tarro grande de basura; más alejado pero ya con mayor claridad, también distinguí un par de columnas o pilares que sostenían la construcción, dando hacia el espacio de una entrada sin puerta hacia un pasillo conducido por la pared del fondo. Una luz débil, pero luz al fin, que se filtraba por una rendija, daba algo de iluminación destacando el pasadizo. Consideré que esa rendija debía dar directo a la calle arriba.

Debía subir, pero en vez de eso caminé varios pasos, titubeando, pero al menos sin chocar con nada. Llegué hasta el inicio del pasadizo y giré a la izquierda. La luz de la rendija quedó iluminando la derecha de mi cara, mientras enfocaba mi vista hacia el fondo del recorrido que ofrecía ese callejón interno. Se veía distante el fondo y a la izquierda, varias paredes separadoras de cuartos abiertos, más o menos grandes; pero hacia allá no podía ver nada con alguna certitud porque la oscuridad se hacía gruesa. Decidido a avanzar, con el corazón acelerado, caminé. Al hacerlo pensaba en cuántos habían estado allí; muy pocos de seguro o quizá, yo era el

único alumno que lo había hecho. La adrenalina se incrementaba así como la sensación de cosquilleo en el cuerpo, en medio de lo oscuro, desconocido y silente del lugar. Un olor a humedad, fierros y maderas descompuestas; tierra y ambiente azumagado[2]. Las pulsaciones seguían aumentando por no saber con qué me podía topar al siguiente paso. En el piso pude notar unos rieles que surcaban haciendo camino desde fuera del taller y seguían hacia su interior. Después de lo que calculé fueron como unos diez metros que había avanzado, pensé moverme a mi izquierda para entrar a uno de los cuartos, pero escuché:

—¡Matus! ¡Matus! —eran mis compañeros llamándome— ¡Matus, volvió el profe Matamala!

Tuve que devolverme rápido, no sabía cómo habían pasado los minutos, tantos que ya había regresado el profesor. A tientas retrocedí hasta llegar a la escalera y subí acelerado, con el corazón palpitando nervios. Cerré todo, y fui donde Juanito que no se había dado por aludido de mi tiempo abajo.

—¿Cerraste bien? —solamente me preguntó

—Sí —respondí entre respiros

—¿¡Y usted oiga!? —me dijo con voz cargada Matamala que llegaba al pañol— ¿dónde estaba? ¿capeando clases, Matus?

—No profe, estaba... ayudando a Juanito —él no me pidió que lo cubriera, pero sentí que el veterano preferiría que no dijera que me había pedido bajar al subte. Mas, mis intenciones no funcionaron.

—Andaba abajo profe —dijo el chico Bustamante

—¿Cómo abajo? —preguntó Matamala

—En el subte profe—apoyó Rivas. Recién todos los demás se dieron por enterados y murmuraron.

—¿Y por qué oiga? ¿A quién le pidió permiso? —me preguntó Matamala algo molesto pero, más que todo, con un interés de demostrar que a él no se le podía hacer algo oculto.

—Profe, solo fui por un mandado y volví.

—Juanito, ¿usted sabía o este niño se le coló? —le dijo al hombre que miraba la escena con displicencia.

—No profesor —respondió—, yo le pedí que me ayudara con un tarro

pesado. Solo eso.

—Ah, bueno. Pero igual Matus, usted no se manda solo acá... —ahí vino el típico discurso de que uno no se manda solo, y debe saber responder a las autoridades y ser obediente, sujeto, etc. Discurso de sumisión que me tenía agotado así es que respondí antes que lo terminara.

—La autoridad es usted y usted no estaba —me di media vuelta y me fui a la plegadora a continuar mis labores. Matamala quedó con palabras en la boca, pero su espíritu cristiano lo hizo “perdonarme”

—Jaja te retaron igual —fue la burla infantil de Rivas y Bustamante.

\*\*\*

Más tarde, cuando ya terminábamos la jornada, al llegar al segundo nivel para buscar mis cosas, también estaba sentado y ordenando sus cosas, Rodovira. Detrás de mí venía Erwan curioso.

—¿De verdad bajaste? —me preguntó

—Sí —respondí.

—¡Buena loco! ¿Y qué viste? ¿Qué hay? ¿Viste algún cuerpo muerto de algo? —aquello alertó a Rodovira que se rió.

—Es en serio gordito —le dijo Erwan—, Matus bajó al subte

—¿En serio? —preguntó Rodovira

—Sí, sí —respondí procurando quitar importancia—, pero solo a dejar un tarro de basura.

—¿Y no recorriste un poco? —preguntó insistente Bustos—. Debo reconocer que durante todo el tiempo desde que subí del subte hasta esa charla, sentía algo semejante a orgullo en mi pecho. Después de todo, de entre los de mi curso, solo yo había ido allá y eso para todos era algo muy destacable. Me sentía valiente y tontamente especial.

—Bueno, ya que no están los demás —les dije—, solo a ustedes les contaré: caminé y recorrí bastante. Llegué hasta el fondo del sótano, que vendría siendo el mismo espacio que tiene nuestro taller arriba. Allí entré por un pasadizo que se veía profundo.

—¿Y qué vio abajo oiga? —preguntó Rodovira

—Solo vi un par de mesones, tarros y trapos —respondí

—¡Qué fome! —dijo Erwan

—Jaja sí, pero hay más que se puede ir a ver e investigar. No llegué a recorrer el sector izquierdo donde se ven varias divisiones, como cuartos abiertos que a su vez dan a otros más allá...

—Te felicito Matus —dijo Bustos—. Ojalá me pida Juanito que lo ayude a bajar algo también. O podemos ir juntos ¿no?

\*\*\*

¿Qué viste en el subte Matus? Esa era la pregunta de la semana. Todos en mi curso querían saber con qué me encontré en el inframundo del Liceo.

Rivas y Bustamante habían estado callados, solo los había notado charlar con sus nuevos amigos del cuarto año. Pero hoy, su silencio terminó y mientras esperábamos a la profe Rose que venía retrasada, se me acercaron.

—Matus, ¿cómo conseguiste que el viejo Juan te dejara bajar?

—No conseguí. Él me pidió ayuda y fui.

—Sí claro. Ese viejo no confía en nadie ¿y te iba a pedir "ayuda" a ti, que te conoce menos tiempo?

—Bueno, pregúntale a él por qué me lo pidió.

—¡Québrate más! Dinos lo que había abajo, mejor. ¿Viste alguna salida?

—¿Salida?

—Sí, una salida del liceo por ahí. Quizá haya un pasadizo secreto que dé a alguna salida a unas calles más allá.

—Eso ni se me pasó por la cabeza. Solo vi una rendija en una esquina que sí verifiqué que daba hacia la calle.

—¿Y de qué tamaño era?

—¿El subterráneo?

—No, mamerto. La rendija.

—¡Ah! Pequeña, de unos cincuenta por treinta centímetros.

—Qué mal, no podríamos por ahí. ¿Viste alguna puerta?

—No por donde recorrí, pero...

—¿Recorriste? o sea que te diste tiempo de darte unas vueltas. Mira tú, quien te ve con cara de sonso pero no lo eres.

—Ya, saben, no les digo más, ustedes dos son demasiado ofensivos como para compartirles lo que vi.

—Niñita, jaja. Igual nos vas a contar.

—Chao

Llegó Rose Petri, tan simpática, jovial y bella como siempre. Todos esperábamos verla para tener algo bonito que mirar entre tanto color gris, oscuridad, frío, fierro, bototo y muchacho espinilludo.

\*\*\*

La semana se fue volando, o quizá quisimos apurarla mentalmente para que llegara pronto el jueves de taller y llevar a cabo nuestro plan. Erwan, Rivas, Bustamante y yo, estábamos atentos. Rodovira quería ir, en el fondo, pero su cobardía lo superó. El que se nos agregó a última instancia fue Pavéz, el medio evangélico. Habíamos programado todo. Cuando dieran el tiempo del segundo recreo a eso de las 14:00pm, que era el más largo (de treinta minutos) nos quedaríamos en el taller, disque "trabajando". Juanito acostumbraba ir a su almuerzo entre 13:30 y 14:30, lo que nos daba media hora para bajar e investigar el subte. El único problema era ¿cómo lograríamos abrir la reja y bajar?

Desde el día que le ayudé a Juanito con el tarro de basura, varios otros quisieron hacerlo, pero a ninguno le resultó. Juanito no los tomó en cuenta. Por lo que, recaía en mí el hacer algo. Rivas, Bustamante y Erwan, intentaron "cranear" una estrategia en la semana pero todas las ideas tenían algún punto de fallo. Hasta que Erwan, dio con una buena ocurrencia. Juanito manejaba el manojito de llaves de todo el Liceo. Así es que no le sería demasiado extraño una llave cambiada. Dado que estaba en el pañol toda la mañana, vimos que varias veces dejaba su gran llavero en el mesón. Yo reconocía la llave así es que juntamos muchas entre nosotros y buscamos la más semejante, le pusimos una capucha negra y en un momento de descuido, cuando Juanito estuvo muy ocupado atendiendo pedidos de los compañeros, Rivas sustrajo el manojito de llaves, se fue a un rincón y rápido intercambió la llave que era de Bustamante, con la del pobre viejo. Para nuestra fortuna, él no solo no se percató sino que nunca fue a la reja ni debió usar la llave. Cuando dieron

las 13:30 cerró el pañol y se fue a su colación. Debimos esperar media hora para que todos salieran a recreo, el profe Cortez a su colación y nosotros nos quedáramos solos. Luis Cortez antes de salir se nos acercó.

—¿Y ustedes señores? —salgan pues

—No profe —dijo Rivas—. Queremos quedarnos, nos gustó el trabajo de hoy.

—Sí, además está muy helado afuera, yo ando resfriado, mejor me quedo acá no más profe —dijo Erwan

—No debería dejarlos, ustedes saben eso.

—Pero profe, ya nos conoce ¿qué va a pasar?. Andamos con los mamelucos y zapatos de seguridad. ¿No creerá que nos robaremos algo... o sí? —dijo Bustamante, a lo que el profesor con cara de poco convencido dijo:

—Ok, pero quedan responsables de todo. Si algo falla o falta, ustedes asumen ¿de acuerdo?

—Sí, claro —dijimos

Cortez se fue y cerró el portón del taller. Nosotros sin perder tiempo, nos fuimos a la reja. Rivas usó la llave y la abrió. Uno a uno fuimos bajando los cerca de veinte peldaños de fría baldosa.

Llegando abajo, miramos la hora: las 14:05. Nos pusimos como tope las 14:25 para subir. Sacamos las linternas que cada cual llevó y comenzamos el recorrido.

Esta vez con luz, pude distinguir mucho mejor todo. Las orillas del subterráneo estaban con mucho moho como me advertía el olor aquel día. Se veían cañerías de cobre a la vista. En el techo, todo el cableado y luminarias también. Erwan llegó al fondo y se subió en un pequeño piso que le permitió acercarse a la rendija que antes yo había visto. La movió...

—Está suelta, fácil de sacar— informo

—Ya y ¿para qué? —dijo Rivas— ¿acaso cabe alguno por ahí?

—No —dijo desalentado Erwan

—Menos Rodovira —dijo Bustamante y la carcajada se desató. Yo no lo

hallé simpático

—¡Ey! ¡Miren acá! —dijo Rivas que había caminado hacia el fondo y luego girado a la izquierda ya entrando al pasadizo.

—Es el pasadizo —les dije—. Desde ahí avancé unos diez metros más.

Los muchachos se agregaron tras Rivas y todos empezamos a ingresar por el angosto pasaje. Tal como les había descrito a ellos, a la izquierda se presentaban las paredes en paralelo formando cuartos abiertos. Las luces ahora nos ayudaban a ver que hacia ese sector, muy al fondo, esas divisiones se repetían como continuos cuartos. Era aquel lugar al que no pude ir la vez que estuve allí. Caminamos hasta allá, con cuidado. Pavéz casi cae al tropezar con uno de los rieles sobresalientes. Mientras, Rivas entró en varios de esos espacios hasta salir por una puerta, a un lugar mucho más amplio, mismo al que los demás llegamos siguiendo el camino del pasillo. Allí, vimos maderas, como de muebles viejos, botadas en el piso; metales arrumbados, pedazos de concreto rotos y varios envases enormes, con forma de botellas grandes que en rigor, eran tinajas. Todo lleno de tierra, telarañas y demás muestras de abandono.

A medida que nos distribuíamos en el espacio recorriéndolo, nos alejábamos y nuestras voces se sentían en eco profundo. Había un silencio nervioso y expectante cuando estábamos callados. Cada nueva pasada a otro cuarto oscuro, tenía el sello de incertidumbre y temor a lo desconocido. El hielo del ambiente cortaba la piel de las caras y la humedad penetraba como moho directo en las narices. El chico Bustamante, siguió ahora hacia la izquierda hasta que se topó con una puerta de metal, color verde añejo. Nos llamó para verla. La puerta se veía simple, pero estaba asegurada con una cadena gruesa y un gran candado, de los más grandes que hayamos visto.

—¿Tendrá Juanito llave de este candado? —preguntó Erwan.

—Quién sabe. Capaz que ni siquiera sepa de esta puerta. Él solo baja y sube los tarros —les dije. Noté que a ambos lados de la puerta había dos mesones largos, encima de ellos algunos utensilios que parecían de alguna tarea campesina. Los mesones se veían manchados con aceite que había surcado la madera impregnándolos por completo.

—¿Qué habrá al otro lado de la puerta? —dijo Pavéz y fue la pregunta que todos nos hicimos. Rivas intentó en vano forzar la cadena. Tampoco dio resultado probar diversas llaves en el candado, hasta que Erwan, con su simpleza acostumbrada dijo:

—Pero acá simplemente deberíamos usar un napoleón[3].

Efectivamente teníamos tres en el pañol que, al menos para la cadena, no así para el candado, tenían la suficiente abertura y fuerza.

Estuvimos en ese análisis, tomando otras cosas y de pronto sentimos la alarma del reloj del chico Bustamante.

—¡Ya, cabros, la hora, vámonos! —así es que subimos rápido y salimos dejando todo bien cerrado. Cuando los demás del curso retornaron con el profe Cortez, todo estaba en orden. Al rato llegó Juanito y mientras abría el pañol y acomodaba unas cosas, el propio Rivas se encargó de volver a cambiar las llaves. La misión por ese día había sido un éxito. Deberíamos repetirla para poder abrir la cadena y averiguar que había detrás de la puerta verde de metal.

\*\*\*

—¡Don René! ¡Done René! —pasó por el pasillo gritando Juanito; algo que claramente no le gustó para nada a Segovia que iba rumbo a la escalera que lo llevaba a su oficina de Director.

Todos comentamos luego, en la sala, el suceso y nos preguntábamos qué había pasado que hizo que el tranquilo de Juanito se espantara tanto. Yo, en mi interior lo supuse y con el tiempo me di la razón: habían descubierto nuestros paseos clandestinos por el subte.

Lo que se dijo en la brevísima reunión que sostuvieron no lo supimos de fuente directa, pero algo logramos averiguar con la señora Marisol, la secretaria del director. En una conversación informal que algunos tuvimos con ella, de esas típicas en las que muchos se aglomeran alrededor de alguien y ese alguien parece artista llegado al aeropuerto rodeado por periodistas que lo interrogan sin piedad. Aunque desordenada, fue una manera eficaz, ya que la pobre señora Marisol cedió a la presión y dijo:

—Ya, ya, esperen. No pasó nada malo ni va a pasar. Solo que alguno por ahí tuvo la mala idea de filtrarse al subterráneo y eso puso en alerta a don Juan que se lo contó a don René y éste se enojó mucho. Juanito se fue de reto por ser poco cuidadoso. Lo mandó a averiguar bien todo.

—Pero, no se sabe quiénes fueron ¿cierto? —preguntó con estúpida ingenuidad y evidente torpeza, el chico Bustamante

—Bueno, ustedes son los primeros sospechosos pues mijito —le respondió con algo de gusto la regordeta señora, aburrida de los molestos "muchachotes", como nos llamaba; especialmente de Rivas y Bustamante incansables en su afán de engrosar la vena de todo a quien pudieran.

No pasó más ese día. Todo siguió normal. Pero sabíamos que lo bueno se vendría tarde o temprano; y aquello fue tan pronto, como al mismo día

siguiente.

\*\*\*

La tarde había trucado de nublado con chubascos a la tibieza que provocaban los rayos que vencían a las plomizas nubes en el cielo.

Estábamos terminando la clase de la profe Petri y por la puerta de la sala apareció el inspector Héctor Sánchez para avisarnos que después de la clase, en el horario de nuestro recreo, vendría el Director Segovia a hablar con el curso. Todos estuvimos callados ante el anuncio, algún chiflido tímido y soterrado de alguien que lamentaba no salir al patio a comer su merienda o correr. Pero, no podíamos hacer nada. La bella profe Rose, casi ignorando la breve visita, prosiguió con su clase como si nada.

Llegado el término de la hora y al sonido del timbre, como si hubiese sido un reloj cucú, abrió la puerta puntual René Segovia. Con sus lentes gruesos de marco negro, vidrios café que encogían sus ojos haciéndolos verse diminutos por el gran aumento; traje café claro; corbata azul y luciendo su típico bigote ancho y patilla larga. Sin mucho ánimo nos saludó: "Buenas tardes". Se puso frente a nosotros, mientras detrás suyo se despedía de todos Rose Petri que lo único que deseaba era salir de allí pronto. Antes de irse, algunos le vimos hacer el gesto con su mano y su linda boquita del: "¡ay, ay, ay!".

Como si de un general frente a conscriptos se tratara, Segovia, se balanceaba sobre sus talones y puntas de pie, mirándonos a todos. El silencio nuestro podía escribirse. De pronto, después de unas tosiditas falsas que se oyeron desde el fondo, nos habló:

—¿Cuáles son los nuevos en este curso? —preguntó. Los tres que estábamos, el otro había faltado ya dos días, levantamos la mano. Entonces, Segovia nos preguntó uno a uno, de dónde veníamos. Se refería a de qué Escuela y lugar de residencia. Respondimos. Al hacerlo, me sentí transpirando más que en las clases de educación física y con el estómago como un nudo ciego. El calor en mi rostro, provocado por las miradas de todos, me tenía asorochado. Segovia escuchó, no hizo comentario y se lanzó con su discurso.

—Este es un establecimiento que, si bien, no tiene las mejores comodidades, ni está entre los mejores evaluados por el ministerio de educación, con esfuerzo y dedicación, procuramos mantener y potenciar. Eso lo saben ustedes ¿o no? —unos "sí" bajos y desanimados surgieron—. La clave de eso, está en la disciplina y responsabilidad. Eso aplicado a todos; los profesores cumpliendo sus horarios y preparando sus temáticas para las clases, atendiendo así lo que la Dirección del Liceo les exige y, ustedes, aplicándose a sus estudios y obedeciendo. ¿Se entiende? ¡Obedeciendo! Ese es su deber. Obedecer lo que maestros y la misma

Dirección les impone. Mientras eso se haga, todos mejoraremos este Establecimiento Educacional. Pero, si ustedes se creen con el derecho de sobrepasar sus restricciones y límites y desobedecer, todo el sistema fracasa. Ya no hablo con niños. Ustedes están en tercer año medio, dentro de muy poco saldrán al mundo laboral o seguirán estudiando a nivel superior. Y en ese nuevo escenario, lo aprendido acá les servirá. Dicho esto, quiero preguntar de forma directa a los hombres que tengo enfrente. ¿Fueron algunos de ustedes los que, sobrepasaron sus límites y, en desobediencia, bajaron al subterráneo de su taller?

Parecía que todos hubiésemos sido acribillados. Nadie tenía voz. No era que quisiéramos encubrirnos, sino que simplemente, no había voz en las gargantas adolescentes para decir la verdad. Segovia, no parecía apurado por la respuesta. De seguro, sabía que nuestro curso fue. Adoptaba la forma de un depredador que ya había atrapado a su presa, la había mordido y magullado lo suficiente como para que no se le escapara y solo la rondaba un tiempo, para degustar mejor su muerte y devorarla. Pasaron unos minutos y Rivas, como siempre, tuvo la osadía de hablar.

—Señor —dijo

—Dígame Rivas

—¿Y si fueron de otros cursos y nos quieren culpar a nosotros?

—Bueno, si fuese así, ustedes podrían confirmarlo. Digan que no son ustedes y buscaré a los culpables en otro lado. Claro que esa teoría sería más compleja de ser cierta, toda vez que el subterráneo en cuestión está en su taller. Por lo que si perdiera mi tiempo con otros cursos y tuviera que volver acá, la disciplina a aplicar sería más drástica.

—Pero no nos van a echar a todos los del curso. Se quedan sin alumnos en una especialidad —los murmullos se dejaron sentir como un desahogo absurdo que pronto acalló Segovia elevando la voz y pidiendo silencio.

—Nadie ha dicho que los vamos a expulsar —dijo el director—. El castigo que se imponga es particular al caso. Pero si nadie es lo suficientemente hombre como para asumir su error, tendrán que pagar todos. Los inocentes junto con los culpables —chiflidos y reclamos. Y yo, que estuve en todo ese tiempo pensando, me levanté y pedí la palabra.

—A ver joven, usted quiere hablar. Diga su nombre.

—Matus, señor, Gonzalo Matus

—Bien, de los nuevos. Debe querer confesar algo ¿no?

—Sí —al momento que pronuncié ese "sí", todo murmullo se calló. Silencio total, que solo Erwan desde el puesto de atrás, entre dientes rompió susurrándome: "No. ¡Cállate!"

—Bien, lo escucho. ¿Usted es culpable de esto?

—Señor, antes de decir algo, quisiera hacer una pregunta, por favor.

—Concedido.

—Me gustaría y creo que represento a todos, saber qué exactamente es lo que se supone que hicimos o qué es lo que usted se informó. Por qué lo que más se ha oído son solo rumores y en base a rumores no creo que se haga algo justo.

—Dígame señor Matus, ¿usted se cree abogado? —dijo mirándome por sobre sus lentes muy serio, mientras todos los demás carcajearon. Actitud que controló con un nuevo grito Segovia.

—No es que me crea abogado señor, solo es lo que creo justo. Saber de qué se nos acusa.

—Está bien. Le diré. Pero luego, debe decirme lo que iba a informar. Ya no puede arrepentirse.

—Diré lo que iba a decir, señor.

—Lo que se nos informó, fue que algunos de ustedes habían bajado hasta el subterráneo, lugar que está prohibido para los estudiantes, sin permiso de sus profesores a cargo. ¿Conforme Matus? Ahora lo escucho atento.

—Bueno, lo que yo sé y puedo informarle es que bajé al subterráneo —de nuevo el silencio sepulcral acompañado de algunos sonidos onomatopéyicos de sorpresa: "'uuuh", "tsss" y "ooooh"

—Lo confiesa entonces —dijo gozando el momento Segovia

—Digo lo que hice, usted no me ha preguntado por qué lo hice

—¿Y por qué lo hizo, señor abogado?

—Fue para ayudar a nuestro amigo Juanito que nos ayuda en el pañol, y que estaba complicado para bajar un tarro de basura de los grandes. Bajé ese tarro y lo dejé al lado de la escalera, junto a otros, como me lo indicó él. Luego de eso, subí. De ese hecho saben todos mis compañeros pero, fui solo. E incluso también lo sabe el profesor Matamala que acaba de entrar a su clase —Segovia enrabiado, infló los mofletes, se giró y miró al pobre Matamala que intentaba pasar desapercibido detrás de él para dejar

sus cosas en el escritorio.

—¿Eso fue así? —preguntó a Matamala, que con solo mover la cabeza, asintió.

—Eso es lo que yo puedo decir señor —le dije y me senté— ahora se escuchaban los: "¡buena, Matus!", "¡genio!" y: "¡cagaste!"

—A ver. ¿Alguien más tiene algo que decir al respecto? —todos callados—. Bien, señor Matus, tendrá que seguirme a la oficina. Con su permiso señor Matamala.

—Sí, sí claro —dijo sin mucha más interacción el profesor, mirándome con algo de compasión. Yo, caminé detrás del director, sin mirar a nadie, llevando nada más que a mí mismo.

\*\*\*

No fue nada grata la charla con el director Segovia. Estar parado en su oficina —maloliente a cigarro—, por media hora sin poder hablar y escuchando su sermón, no solo era malo sino muy aburridor. Pensaba mientras tanto, que me perdía íntegra la clase de Matamala, lo cual implicaba que después tendría que ponerme al día. Otra terrible consecuencia dado cuánto odiaba estudiar estas materias.

Segovia dio vueltas y virajes sobre el mismo tema: la obediencia a las normas y la disciplina. Hubo momentos en que ya no lo oía y me imaginaba en mi pieza, tocando guitarra o leyendo algo que sí me importara...

—Matus, ¿me oyó? Fue una pregunta recurrente. Al final, me quedó claro que la ida al subte era en realidad algo delicado para ellos. Y que no solo era tema de saber obedecer sino que pretendía que no volviera jamás allí. La pregunta que más me llamó la atención que me hizo fue: "¿Vio algo que le provocara alguna inquietud?". Pensé que solo quería saber hasta dónde había ido. Se calmó cuando le dije que en realidad sin luz fue poco lo que pude observar.

Como consecuencia disciplinaria, quedé con una anotación negativa en el libro de clases y solo por su "buena voluntad" (virtud suya que repitió hasta el cansancio), no fui suspendido con llamada al apoderado.

Como era de esperarse, al salir y encontrarme abajo con los muchachos, todos se me abalanzaron encima queriendo saber de la bendita charla de Segovia. Les conté lo preciso, para no aburrirlos.

Más tarde antes de retirarnos, Erwan, se me acercó. Me felicitó por ser "macho" y asumir toda la culpa sin delatar a los demás. También, quiso

saber qué le había dicho a Segovia. Se lo conté. En eso, llegaron Rivas, Bustamante y Pavéz.

—Oye Matus ¿quedaste con miedo? —me preguntó Rivas

—No, ¿por qué?

—Bien, porque queremos volver.

—Ah bien, éxito —les dije

—No, pero queremos que tú vayas también —dijo el chico Bustamante.

—¿Yo? No, ¿para qué? Ya conocí.

—No te hagas, te apuesto a que quedaste con ganas de seguir abajo y ver qué más había, sobretodo detrás de la puerta verde. ¿O te asustó el viejo Segovia?

—Claro que no.

—¡Vamos Matus! —me dijo Erwan— ¡Volvamos! Entre todos nos cuidamos y estaremos atentos a que no nos pillen.

—Además, hay que hacer algo entretenido en este Liceo de mierda —agregó Rivas, y fue esa idea la que sí me motivó.

—Pero tendríamos que hacer un buen plan —les dije—. Algo bien hecho y confidencial, para que no sea fácil de sondear. Porque ahora van a andar vivos el ojo con el subterráneo.

—Sí, vamos a pensar bien —confirmó Bustamante— Cuatro cabezas piensan más y mejor, ¿o no? Obvié que éramos cinco los presentes...

Desde ese día, decidimos planificar. Lo primero fue la decisión de no bajar sino hasta dos semanas después, de manera de dejar pasar tiempo y que disminuyera la atención febril que en ese minuto había hacia el tema. Luego, en los recreos íbamos lanzando ideas, desechándolas o mejorándolas, para dar forma al plan que llamamos: "retorno al subte".

\*\*\*

Ya era hora de salida. Después de un jueves muy lluvioso, gris y una latosa jornada en el Taller, al fin podría volver a mi mundo; el de la guitarra, los libros y mi interior. Siempre caminaba tres cuadras hasta llegar a la avenida Club Hípico, donde esperaba el microbús. Tenía la curiosa fortuna de que nadie más de mi curso hacía ese trayecto por lo que podía ir tranquilo en soledad; pero hoy, de forma inesperada me topé

con Rodovira caminando por allí, lo que me llamó la atención.

—¡Hey! ¡Gastón!. ¿Qué pasó? ¿Por qué vas por estos lados? —le dije mientras aceleraba el tranco para alcanzarlo.

—Hola. Es que no voy pa'la casa de mi tía, donde vivo.

—Ah, entiendo. ¿Vas donde otro familiar?

—No. Viene mi papá a Santiago, 'sí que me pidió que fuera a encontrarlo a Estación Central, ¿ve?

—Ah, qué bueno. Me alegra que te veas con él, te deben echar de menos tus papás.

—Yo creo.

—Jaja, ¿cómo "crees"? Lógico que extrañan a su hijo.

—Sí.

—Oye ¿y hasta cuándo estará acá?

—No sé.

—No se te ve muy entusiasmado.

—No, sí. Es que... soy así poh ¿ve?

Un rato de silencio, mientras caminábamos, hasta que lo dice; algo que yo noté que tenía atragantado hace días.

—Oye Matus...

—¿Ajá?

—¿Creí's que haiga un muerto abajo'el taller?

—No, no creo. Deben ser solo cuentos y leseras de los cabros de cuarto.

—Ah. ¿Y si fuera verdá? Tremendo atado ¿ve?

—Uh sí, sería groso lío.

—Mi papá sabía que aquí era una lechera —me dijo, como confidenciando algo que le interesaba.

—¿Cómo una lechera?

—¡Lechera poh! De sacarles leche a las vacas pué.

—Ya, si sé qué es una lechera o lechería, pero lo que no sabía era que el Liceo era eso antes.

—Ah, sí pué. Reantigua sí. Pero era bien famosa. Mi papá conoció a funderos[4] del sur que vendían su leche y la mandaban hasta acá en tren. Decía que mucha gente venía a comprar la leche y los quesos acá. Despué' algunos se hicieron dueños, socios y eso, pero algo pasó parece. Nunca presté mucha atención a la historia.

—Pues ahora podrías preguntarle bien a tu papá cómo era esa historia. Suena interesante de averiguar.

—Sí, le voy a hablar. Una lechera ¿ve?, le dije algo que no sabía

—Sí, algo de vacas por acá, muy curioso. Con razón te pusieron en este liceo —le dije riendo y creyendo que le agradaría mi chiste, pero me equivoqué. Su rostro fruncido, como candado de Banco, me lo dijo.

—Ya, voy a mi micro —me dijo y corrió al paradero a subirse al transporte.

—Bueno, que te vaya bien. ¡Nos vemos mañana! —alcancé a gritarle.

\*\*\*

## Finales de Agosto 1989

Buen día de invierno. De esos típicos, en que la noche anterior había llovido como si toda la lluvia cayera de golpe una sola vez. En mi calle, costaba salir de las casas e ir a trabajar o estudiar. La red de colectores del alcantarillado mal mantenido, era incapaz de resistir el volumen de agua que corría, transformando la calzada en un río vadeable. Pero, aun así, me encantaba la lluvia de otoño e invierno.

Ese día no fui a clases y era algo extraordinario para mi gusto. Estando el clima así, la casa se calefaccionaba con una estufa a parafina. Era muy grato estar en el primer piso después de almuerzo. Mi mamá, que para esa época trabajaba atendiendo un local de carteras en pleno Portal Fernández Concha, tampoco había ido por evidentes razones. Bueno, medio Chile, estaba anegado, así es que no fue un día muy laboral que

digamos.

Ahí estaba mi madre, sentada al lado de la estufa. Me gustaba verla tejer sus chales, bufandas y chalecos. Varias de esas prendas fueron para mí y mis hermanos. Algunas otras las vendía. Ese calor de hogar que me parecía vivir en esas ocasiones, era algo que me agradaba mucho. Me daba espacio y ambiente para dedicarme a escribir, tocar guitarra o leer; mis aficiones predilectas.

Pero como todo lo bueno se acaba, el temporal de dos días, que dejó la ciudad convertida en un lodazal y basural, acabó. El domingo pasó muy rápido y el lunes, a pesar de mis constantes oraciones al cielo, habría clases. Porque aunque muchos establecimientos suspendieron sus jornadas, los que tenían salvaguardada su estructura y asegurada la conexión de alcantarillado y aguas sanitarias, podían continuar su rutina. Para mi mal, el Liceo cumplía esos requerimientos.

Los lunes era un día confuso en sensaciones. Era siempre el día negro por el retorno a clases, después del fin de semana. Nos tocaban materias para nada agradables como: cálculo con el profesor Mata y Matemáticas con el profesor Fierro, un pesado de masa y de personalidad. Pero por otro lado, era el único día que nos correspondía Educación Física y, hacer deporte, era algo que todos queríamos siempre. Se agradecía, aunque no fuese lo mejor desde el punto de vista de salud, que por ser un Liceo Técnico Industrial, se perdía poco el tiempo de la asignatura en ejercicios, dedicándose la mayor parte del horario a jugar baby fútbol en la cancha de cemento que estaba al lado del patio central. El patio, en forma de L, sostenía aún dos grandes torres que alguna vez, según dicen, fueron chimenea de las calderas subterráneas de la Lechera. Junto a él, sin rejas intermedias, estaba la especialidad de Metálica que, como si todo fuera poco, precisamente el lunes era el día de taller de su cuarto año.

Imagino que en todo colegio o escuela, los cursos mayores molestan o se aprovechan cuanto más pueden de los nuevos o más chicos; los que vienen de abajo. Pero en nuestro Liceo, era casi una selva. En los recreos había que vigilar las cosas personales; al ir al baño cuidarse de bromas pesadas que, por lo bajo, podían terminar con una cabeza en un urinario y, tanto más cuidado de andar por los espacios que los "grandes" habían definido como su territorio.

Así es que, hacer educación física jugando a la pelota al lado del taller de los pesotes de cuarto de metálica, no era para nada algo deseable. Sin embargo, no queríamos que por nada ni jamás se suspendiera la hora de gimnasia. El placer de hacer deporte, superaba todo aquello e incluso, el intenso temporal de los días anteriores. Era lunes: habría fútbol.

Nos equipamos tan rápido como pudimos. Rivas y Bustamante, como para todo, se equipaban juntos y cuidaban de sus cosas. Rodovira se cambiaba

lentamente, guardando con sumo cuidado su ropa, doblada en su bolso. Yo, buscaba entrar a un baño. Me resultaba más privado y seguro. Luego, dejamos los bolsos y mochilas en la sala y, al patio. Corrimos alrededor de éste, saltando las hendiduras del piso con posas. Después, los típicos ejercicios de calentamiento. En buenos días, de primavera o verano, la corrida era afuera del Liceo, en la calle alrededor del mismo. Santiago es una de las ciudades más contaminadas, así que no me parecía la mejor de las ideas, pero, nadie reclamaba o aportaba algo al respecto.

Después que calentamos, el profeso Guzmán nos dijo que debido a los temporales, habían faltado algunos colegas suyos por lo que debía cubrir a uno de ellos, cuidando su curso. Por lo tanto, nos dejaría solos en la cancha y podríamos jugar toda nuestra clase. Eso era: isesenta minutos que quedaban, de puro futbol! Ni qué decir cuánto nos alegramos por la noticia.

El temporal, como nos dábamos cuenta, provocó que muchos faltaran a clases; profesores incluidos. En nuestro curso de los treinta y seis, fuimos quince, y debía ser una media común en los demás cursos. Todos eran cálculos que sacábamos en silencio en nuestra mente, la de los más futboleros, pensando en cuánto más podríamos jugar siendo menos alumnos.

Nos fuimos a la cancha, organizamos equipos de cinco y jugamos con el típico y glorioso, "al gol", de manera que rotáramos rápidamente. Jugamos un buen rato sin interrupción, salvo los gritos desde el taller de metálica: "niñitas"; "pégale como hombre"; "ese arquero es marica" y un sin fin de otros lustrosos y floridos nombres.

Estábamos acostumbrados y no nos molestaba ya. Nosotros tampoco nos quedábamos atrás y hasta nos reíamos de ellos que estaban encerrados como "monos", mientras nosotros podíamos jugar al aire libre. Alguna vez uno de los nuestros llevó maní para tirarle...

Todo era muy agresivo pero curiosamente controlado.

Entonces, mientras jugaba y corría, escuché gemir el portón del taller de metálica y les vi salir como estampida. El destino se ensaña, no hay duda. Lo que hasta ese momento había sido un "bien", se nos vino en contra. Las ausencias de profesores y alumnos, hicieron que el taller de metálica se suspendiera y los alumnos quedaron libres.

El tropel de energúmenos que salió como guerreros vikingos gritando y corriendo a la cancha, fue más atormentador que el ruido del temporal de viento y lluvia reciente. Se fueron encima de la pelota y la obtuvieron. Uno de sus líderes dijo:

—¿No se estaban riendo las niñas?

—Ya deja la pelota, es nuestra hora de educación física —dijo Vásquez.

—¿O qué? ¿Me vas a acusar al profesorcito? Guzmán está ocupado —dijo uno de los brutos. El olor a pelea expelía del cuerpo de varios. Hasta que uno de ellos, más conciliador dijo:

—Ya locos, calma, sí van a jugar. Pero nosotros también.

Y sin mediar evaluación o aceptación de parte nuestra, armaron su equipo y se instalaron en la cancha. De entre nosotros, nos miramos y lo conversamos:

—Ni loco juego contra ellos. ¡Están equipados de taller, con bototos punta de fierro! —dijo Venegas

—No, yo tampoco —aseguró Pavéz

—Pero, hay que jugar no más, sino quedaremos de niñas cobardes  
—apuntó Rivas

—Sé valiente y que te lleven al hospital entonces —le respondió Venegas.

—¿Quiénes se atreven a jugar? —preguntó desafiante Bustamante—. De los quince, seis: Rivas, Bustamante, Silva, Morales, Andrade y... yo.

Sorprendentemente para ellos, yo fui de los primeros que dijo "yo juego" sin titubeo. Rivas me felicitó. Todos nos organizamos y les dijimos a los demás que jugábamos, pero los seis.

El partido, era de una rareza única y nadie en el liceo se daba por enterado que unos alumnos de taller, de un curso mayor y equipados con bototos punta de fierro, jugaban baby futbol contra un curso menor, vestido de corto, medias y zapatillas. Los angelitos de metálica dejaban ver su deseo de sangre en sus zapatos industriales.

"Debo estar loco para querer esto", me dije. Pero lo justificaba, con mi rotundo fanatismo por el futbol y mi deseo de estar en ese Liceo, ese día lunes, únicamente por jugar y, nadie me podría hacer sentir que fui, después de una tempestad, para nada. Rivas tomó la pelota, se puso en el centro y comenzamos. (Creo que esto debería estar en algún almanaque escolar y por qué no, en una revista Estadio). Los choques cuerpo a cuerpo, salvo contra Morales y Silva, que eran nuestros pesos pesados, resultaban siempre con alguno de nosotros lanzados a metros.

En fin, qué decir de cómo pudo ser un partido en esas impresentables

condiciones. Más patadas, golpes y palabrotas que juego.

Lo que detonó el final fue el zapato levantado a la altura de mi canilla izquierda en plancha, que uno de los muchachos de cuarto me lanzó. Si bien atiné a saltarlo para que no me golpeará directo, lo cual hubiera sido una fractura segura, de todos modos me desestabilizó haciéndome caer sobre el cemento pesadamente. Todos mis compañeros se le fueron encima al asesino juvenil. El partido nunca más se reanudó. Los gritos y reclamos fueron totales. Los garabatos iban y venían y yo apenas pude levantarme.

—¡Chao, no jugamos más! —dijo Morales que le había dado su empujón a uno— ¡Chanchos!

—¡Niñitas! —gritaron ellos

—¡Les ganamos igual! —respondió Rivas

—Me voy a cambiar —les dije, aunque pocos me oyeron. Caminé hasta el baño, adolorido, sufriendo por mi rodilla. Mientras avanzaba, por mi pierna bajaba un hilo de sangre tibia. Atrás, seguían reclamando, pero ya no los escuchaba. En ese trayecto, el único que se acercó para saber de mí y apoyarme para pisar, fue Rodovira. Al llegar al baño, me limpié la sangre tomando agua entre mis manos y mojándome la rodilla. Me cambié ropa como pude para ir a la enfermería, que habitualmente estaba desprovista. Mi objetivo era al menos pedir un desinflamatorio. Pensaba, de manera ilusa, llegar a casa sin señas de lo ocurrido. Ya salía del camarín, cuando se me acercó Juanito avisado del estado de mi pierna. Lo había traído Rodovira.

—Oiga joven, ¿cómo está la pierna? Deje ver...

—No se preocupe don Juanito, si ya pasó

—¡Deja que te vea poh hombre! —me dijo casi enojado Rodovira, que quería que valorara su interés. Así que me levanté cómo pude el pantalón y le mostré la rodilla inflamada a don Juan.

—Chupalla oiga, ustedes son bien brutos pa'jugar ah. Ya, venga pa'cá, sígame. Ayúdalo Gastón —no sé si me sorprendió más que Juanito me dirigiera hacia el taller tomando el manojó de llaves en claro signo de que bajaría al subte, o que con tal confianza llamara a Rodovira, usando su nombre de pila: "Gastón", algo que no hacía con ningún alumno jamás.

Apoyado en Rodovira fui hasta entrar a nuestro taller. Me senté en uno de las bancas de la entrada, mientras Juanito abrió la reja del subte y bajó. Desde allí volvió con una botella transparente, a medio llenar con un líquido color verde y unos frutos de eucaliptus flotando dentro. Recordé

que mi mamá también tenía esa "poción" y la llamaba "coquitos de eucaliptus". Juanito me dijo que me echara en la banca de espaldas mientras él calentaba sus manos frotándoselas con el líquido. Al poco rato, esparció la pócima también sobre mi pierna y siguió luego dando un masaje, muy cálido, en toda la zona inflamada, durante por lo menos unos quince minutos. Terminado el tratamiento, me vestí, sintiendo de inmediato el calor en mi pierna y un alivio del molesto moretón que me había producido. Le agradecí mucho a Juanito por su atención. Él solo se limitó a decirme que me cuidara y que me hicieran más de esos masajes en casa. Rodovira tomó mi bolso y me acompañó hasta la salida, e incluso al microbús para irme a casa.

—Gracias Rodovira, no sabía de la buena mano de Juanito

—De nada pué. Pa' eso están los amigo' ive!

Cuando llegué a casa mi hermana también me atendió con un desinflamatorio, un paño tibio y unas medicinas homeopáticas que según mi madre, eran para deshinchar y quitar moretones.

La noche que pasé fue fatal. Me dolía mucho. Agradecí al cielo que volvieran las lluvias diluvianas, porque de nuevo colapsó la ciudad. Debido a ello, el Liceo sirvió de albergue para los damnificados por toda la semana.

Nunca olvidaré aquella lluvia intensa y poderosa, pero mucho menos el histórico partido contra los "bototos punta de fierro". Tampoco la especial ayuda de Rodovira y, "su cercano amigo": don Juanito.

\*\*\*

De regreso a clases...

—Rodovira, ¿qué tal todo con tu papá? ¿Cómo estaba? —le pregunté porque sabía que los había llamado por teléfono el día anterior.

—Bien, sí. Gracias.

—¿Tu mamá no viene a Santiago?

—No. Se queda en la casa. No le gusta venir a la bulla de acá.

—¿Y tú, cuándo vas?

—A veces los fines de semana. Pero ya en Septiembre, en las fiestas patrias voy por vario' días.

— ¡Qué genial! Debe ser lindo tu campo, tanto que hablas de él que ya me lo imagino.

—Oye y tú, ¿sales a alguna parte? ¿Tienes un campo para irte?

—No, jaja. Mi familia no tiene ni tierras ni casas en otros lados.

— ¿Y a dónde irás en las semana de fiestas?

—A ningún lado. Lo paso acá, en mi casa.

—¿Haciendo qué?

—Leyendo, escribiendo y tocando guitarra.

—Pero ¿en vacaciones lees y escribes? qué aburrido...

—Jaja, sí puede que comparado con tu panorama lo mío te suene a muy aburrido, lo asumo. Pero yo no me aburro —Rodovira se quedó pensando un rato, mientras degustaba su sándwich y con la comida a medio demoler dijo—: Oye Matus, ¿te gustaría ir conmigo al campo? ¿Te darían permiso tus papás? La pasaríamos genial, te mostraría todo allá ¿ve?

—¿En serio me invitas? —le dije incrédulo

—Sí, pué, ¿no me oyó?

—Pucha, claro que me gustaría. Tendría que preguntarle a mi mamá, no es muy dada a los permisos, pero en una de esas la pillo de buena y me deja —sabía que no había plata como para pagar pasajes o mi estadía en otro lugar, pero quería darle a Rodovira un tiempo para que notara mi real interés al menos.

—Podríamos ir al estanque a nadar, y andar a caballo, ¿te gusta andar a caballo? Hay tres yeguas y una está recién paría, tuvo un potrillo relindo. Yo tengo un chascón, así le puse de nombre "Chascón", jaja. En la madrugada vamos a cazar conejos. ¡Uuhh hay tanto que hacer y tan entretenido! ¿ve?

—No lo dudo, Gastón. ¡Sería genial!

—Entonces, consigue permiso. Allá respiras buen aire y te engordas un poquito, ¿ve?

[1] Gas utilizado en la maquinaria de refrigeración para el proceso de enfriamiento.

[2] Chilenismo que se refiere a algo (metales, madera, paredes) que se llena de hongos con la humedad. Correspondería al uso de "mohoso".

[3] Herramienta manual en forma de tijera grande o alicate que consta de dos brazos metálicos que terminan en dos mordazas, usadas para cortar elementos metálicos como cadenas.

[4] Término del campo chileno referido a dueños de Fundos, Fincas o Haciendas.

## Capítulo 4

*Septiembre 1989*

Ha pasado un mes desde el partido con los bototos punta de fierro y ahora en la semana previa a las fiestas patrias, todo el Liceo se adorna con banderas, challas y papeles tricolores. Se hacen concursos, yincana, palo encebado y otros. También es momento de carteles alusivos a cualquier cosa que fuera llamativa o muy destacada a nivel "humorístico", durante el año. Por cierto aquél partido lo fue, y mi curso hizo un gran cartel burlándose del cuarto año B, con un genial dibujo que hizo Manuel Pavéz, quien graficó a los asesinos jugadores con cuchillos, armas y enormes zapatos industriales, cual presidiarios; enfrentándose con nosotros, ilustrados como los mejores jugadores del momento, tales como Zico, Caszely o el Mortero Aravena. El cartel desplegado a todo su ancho en la entrada de nuestro taller, fue verdadero ají en los culos de los muchachones.

De todos modos, el ambiente era festivo y alegre. En el taller, los apoderados también adornaron y sirvieron empanadas y bebidas. Yo, por mi parte, desde ese día de baby futbol rudo, nunca más dejé de observar con detenimiento a Rodovira y Juanito. Lo que antes jamás me llamó la atención ni a nadie, ahora se me hacía evidente. Ellos se trataban de manera especial. Por lo que deduje que alguna relación familiar tenían. A pesar de mi observación, no le mencioné nada a Rodovira.

—¿Qué harás en esta semana libre que tenemos? —le pregunté, sabiendo la respuesta, a la vez que mandaba una buena mascada a mi empanada.

—Nada. Esperar pa'irme pa'l campo no máh —dijo con su tono que me pareció más cantadito que nunca, al son de la cuecas de fondo.

—Ah. Oye Rodovira, ¿tú conocías a Juanito de antes? —lo llevé al tema que me interesaba.

—¿Yo? No pué. Si recién llegué este año, ¿ve?

—¿Seguro? Dime. Somos amigos. Quedará entre los dos. Me di cuenta de cómo se llevan. Él te dice "Gastón". Les puse ojo desde el día del partido aquél y la curación a mi rodilla.

—Pucha oye, ya, pero no digas a nadie, ¿quieres?. Pa'no perjudicarlo ¿ve?

—Te dije que somos amigos.

—Es que Juanito es pariente de mi taita. Es como un primo lejano o algo de eso, ¿ve?

—Ah, ¿o sea que los visita de vez en cuando, allá al sur?.

—No, no, nunca. Al campo fue una vez cuando yo chico y nada más ¿ve?

—Rodovira terminaba su segunda empanada y mascaba la tercera.

—O sea que ¿tú llegaste acá, un poco por su gestión?

—Sí, no sé. Mi mamá dijo que era bueno que vinera aquí si había alguien pa' cuidarme.

—Claro.

—Pero no digas nada ¿ya?

—No, tranquilo. Pero dime algo eso sí, quiero corroborarlo.

—¿Qué?

—Estoy seguro que tú has bajado al subterráneo entonces. No quisiste ir con nosotros pero no por miedo, fue porque ya conoces y evitaste que se te inmiscuyera y a él, ¿cierto?

—Sí —dijo y sonrió inflando sus generosos y colorados cachetes.

—Eres muy inteligente —le dije—. ¡Te felicito!

—Gracias —pero todos me tratan de tonto y gordo.

—Y ¿te importa lo que digan otros de ti?

—Si poh, o sea, un poco. Me duele adentro cuando se ríen de mi —la sonrisa que había iluminado su rostro se cambió por unos ojos llenos de lágrimas que contuvo.

—Oye, no pues. Te acabo de decir que eres muy inteligente. Además en dibujo técnico haces cosas muy buenas, que hasta la miss Petri ha encomiado.

—Sí, ella es linda —dijo poniendo esta vez los ojos más redondos de lo que de por sí los tenía

—¿Ves? Y lo de gordo, bueno... sí, estás pasadito, pero, estás a tiempo de mejorar la forma. Haz ejercicios. Y aunque no bajes todo, la opinión de los

demás haz como con la aceituna: cómetela pero bota el cuesco.

—Eso me gustó —dijo y volvió a sonreír. Esa pureza de sus ojos y simpleza de campesino era lo que más me gustaba de Gastón Rodovira. Y estaba orgulloso de mi, de haberlo escogido como amigo, aunque varias veces me costó insultos de los demás por defender al "gordinflón", "morsa" o "zuancito"[1] (¡Uf! ese sí era el mejor de todos los apodos, y cómo me reí cuando lo escuché por primera vez) .

—¿Llegó a la puerta verde? —me soltó de repente la pregunta

—Perdón, ¿cómo dices?

—Que si ya llegó a la puerta verde allá abajo en el subte

—Ah, sí, llegamos. El candado nos detuvo.

—Yo puedo pasar. Puedo pedirle a Juanito.

—¿Puedes? ¿Te deja? ¿No sería problema para él o para ti?

—Es que yo me quedé un día a la semana acá con él, para ayudarlo con el aseo, así que ahí podemos. Él no sabe sí que quiero ir más allá de la puerta verde...

—¡Vaya, vaya Gastoncito! Me vas sorprendiendo cada día más. Muy bien por ti. Muy bien —le dije y le estreché la mano.

\*\*\*

El viaje hasta Palmilla es de casi exactas tres horas. Salimos de Santiago a eso de las 9:15 de la mañana. Por fortuna mi madre no me negó la opción de ir con Rodovira, quizá porque no había salido en mis vacaciones de verano y también porque le hablé en detalle y muy bien de quién era mi amigo. Como fuese, estábamos en viaje y eso me tenía entusiasmado. No tengo costumbre de estar tanto rato sentado en un bus, así que fue un alivio cuando el auxiliar avisó que habíamos llegado al terminal de Santa Cruz. De ahí a Palmilla eran poco tiempo en auto, según me dijo Rodovira. Esperamos unos cinco minutos en una esquina del pueblito a que llegara, en un vehículo algo viejo, Luis, el hermano mayor de Gastón, de unos veinte años. Manejaba como si le tuviera odio al pobre cacharro, o quizá su notoria preferencia por los caballos le ponía de mal humor al intentar pasar los cambios; de seguro le resultaba más fácil espolear a los animales.

Aun así, llegamos sanos y salvos hasta Palmilla, un poblado pequeño y muy bonito. Antes de llegar a la casa de la familia Rodovira, cruzamos un pequeño canal de aguas cristalinas. Después de unas vueltas, más bien

largas, llegamos a la orilla del río Tinguiririca. Al otro lado, cruzando el puente, más allá de una loma y tras un gran bosque de eucaliptus, al fin se divisó una vivienda. Era una casona grande de adobe, no tan alta, lo que la hacía bastante calurosa. Al llegar, nos recibió la señora Graciela, mamá de mi compañero. Lo abrazó muy efusiva y cariñosa y eso, no sé por qué, me dio mucho gusto. A mí me saludó con cortesía y me sentí como "señorito". Hizo que me tomaran los bolsos y me los llevaran a una pieza que habían arreglado para mí. No era muy grande, pero sí cómoda. Con una cama alta, como nunca vi, de somier metálico de bronce. Se notaba preocupación por la limpieza. Siendo el piso de tierra puramente, estaba mojado y barrido. Tenía un closet chiquito que me sirvió para dejar las cosas que llevaba, que en ningún caso eran demasiadas.

Rodovira tenía su pieza justo al lado de la mía. Ambas daban a un pasillo que salía por un lado directo al living y por el otro, hacia el patio, que en realidad era el inicio de un gran espacio natural que continuaba más allá de la cerca de palos y alambres. Daba la entrada directa para meterse en el bosque y, a posterior, llegar a lomas de variadas alturas. El paisaje era muy bello. El cielo de un celeste puro y el aire, sin duda, se sentía distinto en su recorrido hasta los pulmones.

—¿Y? ¿Le gustó su pieza? 'tá limpiecita ¿ve? —me dijo Rodovira entusiasmado.

—Sí, está perfecta Gastón, se pasaron, gracias.

—Qué bueno. La mamá ya tiene el almuerzo, dijo que a lavarse las manos y sentarse.

—Bien, voy entonces —le respondí. Después de asearme, fui a almorzar un exquisito plato de cazuela de ave "de verdad", como dijo la señora Graciela, refiriéndose en especial al sabor producido por vegetales sacados del propio huerto y la gallina faenada en la mañana. Agradecí no estar para cuando fue el asesinato del pobre pollo, pero sí debía reconocer el sabroso sabor. Bastante diferente de lo que estaba acostumbrado probar en Santiago.

Esa tarde, dormí una siesta de aquellas. El cansancio del viaje y la panza llena con tanto comer, me tumbaron. Al par de horas, fue el ruido seco de varios golpes los que me despertaron. No sabía qué eran pero sí me daban la impresión de golpes a palos, a madera. Me levanté y por la ventana que quedaba a la derecha de la cama, busqué el origen del sonido. No fue fácil, porque el sonido se unía a varios otros, como el del piar de muchos pollitos detrás de su mamá gallina; ladridos de perros; graznar de gansos y patos, e incluso a la propia voz aguda de la señora Graciela mandando a sus hijos. Hasta que, por fin, mi oído detectó el punto preciso: más allá de la alambrada, pero antes de entrar al bosque estaba el origen; un hombre cortando leña. Nunca había visto hacerlo y

me impresionó tanto eso como la magnitud del hombre aquel. A la distancia, parecía un gigante. De hombros anchos, brazos poderosos, y tan recto y recio como un roble. El tipo parecía dividir un pan de mantequilla con el hacha en sus manos y la madera como víctima. ¿Quién sería? En ese pensamiento estaba, cuando percibí que tenía a Rodovira parado en la jamba de mi puerta.

—Hola —le dije mirando su cara sonriéndome a sus anchas

—Hola. Dormiste hartito —me respondió

—Jaja, sí, me arrebaté, como dice mi mamá. No tengo costumbre de comer tanto.

—Prepárate porque mi mamá cocina contundente y comemos varias veces en el día. Por eso somos redonditos, ¿ve? jaja

—Bien Rodovira, me gusta verte contento y con humor.

—Oiga, ¿vamos a conocer? Le pedí al Lucho que me presté su yegua para ti. Yo voy en el Chascón.

—¡Ya! ¡Genial! —le respondí y me "aperé[2]", expresión que aprendí allá y que me encantó. Al rato estábamos montados en los caballos y nos fuimos a recorrer. Cruzamos por la cerca y a los treinta metros ya estábamos entrando al bosque de eucaliptus. El aroma era delicioso y relajante. Rodovira guiaba y buscaba los sitios menos molestos para desplazarnos.

—Este bosque en invierno se inunda. El río se sale —dijo

—¿Y no les afecta en tu casa?

—No, porque no ha llegado nunca hasta allá. Y aquí, el piso de hojas, chupa como esponja el agua

—Oye, siguiendo por acá ¿hasta dónde se llega?

—Más allá salimos a una especie de llano y después otro bosque y más allá la colina roja, ¿ve?

—Ah, esa que se ve desde tu casa.

—Sí.

—¿La has subido?

—Claro, con los hermanos hemos recorrido todo acá.

—No se ven más casas cerca. ¿Vecinos?

—La familia Espinoza, por el lado del río más arriba y la familia Méndez justo a salida del bosque. Hay otras familias pero están antes de llegar a nuestra casa, por el camino.

—¿Y se comunican entre ustedes, hay contacto?

—Cuando se necesita o pa'las fiestas como ahora, que se comparten algunas cosas; gallinas, corderos, chivos, verduras, ¿ve?

—Entiendo —en ese momento llegamos a la salida del bosque de eucaliptus y dimos con un valle maravilloso. Alfombrado de un verde impresionante y flores de colores vivos que nunca vi —¡Qué lindo! —tuve que decir sin poder evitar que mi impresión se notara.

—Bajemos —dijo Rodovira y desmontamos. El resto del camino fuimos a pie tirando los caballos. Gastón iba revisando el piso como si buscara algo. Yo, disfrutaba del paisaje y olía cada flor que veía. El lugar era para contemplación e inspiración total.

—Mire, pruebe —me dijo Rodovira pasándome un fruto de un arbusto.

—¡Oh! ¡qué rico esto! ¿Qué es?

—Rosa mosqueta —me respondió

—Es muy suave.

—Sí, la mamá hace una mermelada que te mueres

—Debe ser exquisita

—Pa'la once la vas a probar

—¡Genial!

—Rodovira, te quiero preguntar... cuando desperté vi algo que me llamó la atención. ¿Quién era el gorila que estaba haciendo pedazos la madera y sacando leña?

—Jajaja ¡te gusta burlarte!

—No, perdón, fue un chiste. Pero en verdad, se veía muy maceteado

—Él es, algo así como un tío, bien lejano, que ni yo sé de quién es pariente. Se llama Boris.

—¿Cómo es eso que no sabes?

—O sea, sé algo como que es un primo lejano de la mamá, pero eso no más, ¿ve?

—Pero, ¿acaso no vive con ustedes?

—No.

—Pero lo vi cortando leña ahí

—Sí, nos corta la leña siempre, junto con la de él y se encarga de matar los pollos, corderos o lo que sea. Es grande y fuerte así que cuando se necesita se le pide ayuda. Pero vive en una casa un poco más allá de la de nosotros, al lado de un camino. No lo vemos nunca, solo cuando se le pide algo o corta la leña.

—Ah, entiendo —"el enigmático tío lejano", me pareció un buen título para una novela de suspenso. El resto de la tarde recorrimos la colina, vimos el valle desde la altura, recogimos rosa mosqueta, mora y otros frutos secos y regresamos a la casa poco antes que oscureciera. La once fue tan contundente como el almuerzo y Rodovira tenía razón; la mermelada de rosa mosqueta que probé fue la mejor de mi vida entera.

\*\*\*

Los demás días, fueron parecidos. Mucho paseo, idas al bosque, al río, y las colinas cercanas. Mucho comer y pasarlo realmente bien. Me sentía muy cómodo y en confianza, a grado tal, que ya trataba de "tía" a la mamá de Gastón, según ella misma me pidió.

Una noche, los padres de Rodovira se quedaron con unos amigos invitados, jugando dominó y sirviéndose algo de vino. Nosotros con Rodovira estuvimos ahí también. Gastón no aguantó el sueño y se fue a la cama pronto. Yo iba a seguir su ejemplo, pero una charla impuesta por el papá de Gastón me dejó pegado allí un rato más. Me hizo preguntas del curso, de los compañeros, los profesores y especialmente de cómo se comportaba Gastón y cómo lo trataban los demás. Luego de eso, empezó a hablar y creo que en gran medida a desahogarse, hasta que lo que dijo sin duda fue excesivo. Tanto, que la tía Graciela pidió que mejor lo llevaran a su dormitorio. Yo me fui muy pensativo a mi cuarto. Ella, llegó a los minutos y pidió que saliera. Volvimos al living.

—Oiga mijo, no vaya a comentar nada de lo que habló mi viejo. Estaba

todo tomado.

—Tranquila tía. No diré nada. Pero ¿le puedo preguntar algo sí?

—Diga.

—Eso que dijo don José, ¿es cierto? ¿Rodovira lo sabe?

—No sabe nada y es mejor ¿ve?. El viejo igual lo quiere. Juntos lo hemo' cuida' o y le damo' lo mejor que podemos'.

—Sí, Gastón los quiere mucho también. Se nota.

—Sí, por eso, no haga caso. Es que el viejo a veces se pone tan re tonto, sobre todo con trago ¿ve?

—Veo. Con él parece que a Gastón le cuesta más llevarse bien.

—Porque el José no es mucho de hablar. Con los otros hijos tampoco. Es güeno pa' trabajar, es cumplidor, pero no tiene mucho de eso que le dicen "tacto" ¿ve?

—Le prometí que no diría nada a Gastón, pero ¿ustedes? ¿Alguna vez le dirán?

—Ay no sé mijo, es difícil. Al viejo, no le gusta el tema. Yo lo amo con el alma, eso no más sé, es lo que importa ¿no?

—Claro, pero él tiene derecho a saber... creo yo. Además si se enterara por otro medio o de mala forma, como hoy me enteré yo, creo que le haría más daño y no le gustaría.

—Sí, tiene razón usted. Buen amigo usted pa' mi hijo.

—Gracias

—Voy a hablarle al viejo... a ver qué piensa.

—Tranquila tía, de mi boca le prometo que no saldrá nada de esto.

Esa noche quedé pegado al techo. En vez de dormir, pensaba y pensaba en Rodovira. Ahora entendía algunas cosas de su personalidad, la relación con sus familiares y esa distancia con su padre en especial. De pronto me bajó una intensa necesidad de saber todo. No podría decírselo a Rodovira —directamente, no—, pero de alguna manera quizá, podría ayudarlo a saber su verdad.

\*\*\*

El resto de semana transcurrió perfecta. Fueron días de mucho conocer lugares, disfrutar de la vida al aire libre, la flora, los animales, el bosque, los cerros, en fin. Agradecí mucho la invitación a Gastón.

El último día, el de las despedidas, fue nostálgico. Me había encariñado con esas personas amables. En particular con la tía Graciela que fue tan amorosa y me trató tan bien. Se notaba que estaba contenta que su querido hijo tuviera un amigo. Y yo también.

Quedaban apenas minutos para que nos llevaran al terminal en Santa Cruz, y yo no controlé el deseo de preguntarle algo más a la tía sobre Gastón. Mientras él y Luis subían los bolsos al auto, le pedí a ella que me diera un tiempito. Nos metimos a la casona y le hablé.

—Tía, primero que todo; gracias por tanto y tan bueno en estos días. La pasé genial. Me sentí muy bien en su casa.

—Muchas gracias mijo, bueno que fue así. Todo fue con mucho cariño. Gracias a usted por venir pa'cá tan lejos con Gastoncito. Cuídelo ¿ya? Que no lo traten mal los muchachos allá.

—No se preocupe. Estará bien. Además él es muy inteligente y sabe cuidarse. Créame.

Ella sonrió y aproveché.

—Tía, lo último que le quiero preguntar de lo que hablamos la otra noche y perdone lo metido: ¿Usted no supo más de...? Bueno, ya sabe a qué me refiero.

—No, no. Nada más. Pero mejor así. Déjelo ahí no más, mijo ¿ya? No se le vaya a salir algo con Gastoncito.

—No tía. Si solo pregunté por metiche. Ya, adiós y gracias de verdad por tanto.

\*\*\*

*Viernes 29 de septiembre de 1989*

A una semana de volver del campo, las clases se hacían eternas. Por otro lado, la vuelta al subterráneo con Rivas, Bustamante y Erwan, quedó suspendida indefinidamente debido a las nuevas amenazas de Segovia y su vigilancia permanente sobre nuestro curso. Pero mi interés e ímpetu no habían disminuido. Lo hablamos y planificamos bien con Rodovira e incluimos, por mi insistencia a Erwan. Esta vez no nos quedamos después

de un día de taller, porque esos días los ojos de los profesores y el inspector García, estaban como satélites concentrados en todos nosotros. Pero teníamos a favor, la conexión entre Gastón y Juanito. Rodovira acordó con él, que esa semana le ayudaría el día viernes después de clases, ya que esos días salíamos más temprano; a las 13:45. Rodovira le dijo a Juanito que él le bajaba los tarros con basura y que me pidió ayuda. Al principio no le gustó del todo la idea, pero confiaba en mí así es que nos dejó, mientras él se iba a a almorzar y tomar una siesta en la oficina de custodia.

Lo primero que hicimos fue cerrar el portón principal de entrada al taller. Dejamos los tarros más grandes rápido abajo, para adelantar la pega y pusimos los más chicos a la entrada de la escalera de bajada, estorbando, de manera que si alguien quería pasarse, se viera obligado a correrlos y la bulla nos alertaría.

Bajamos con linternas encendidas y cada uno con su mochila desocupada, por si hallábamos algo interesante que traernos. Hicimos el recorrido que aprendimos y llegamos a la puerta verde muy pronto. Por suerte la llave que trajo Rodovira sí accionó el candado. La puerta estaba apretada y la bisagra inferior oxidada, en pésimo estado, por lo que abrirla requirió la fuerza de los tres. Evitamos así que no se viniera abajo. Una vez abierta la puerta, la sensación en cada uno de nosotros era la misma: nervios, curiosidad y algo de temor. ¿A dónde nos llevaría? ¿Saldríamos por ahí?

—Rodovira, yo iré delante —le dije—, tú detrás debes ir alumbrando lo que vayamos dejando al caminar.

—Ok, fíjense en el piso, porque está bien malo por acá, ¿ve?

—Sí —era cierto. El piso era de baldosín en los primeros metros, pero luego solo cemento, con muchos baches y hoyos que a veces daban espacio al pie completo.

—¿Se ve algo pa'l final? —preguntó Erwan

—Logro ver algo como otra puerta —les dije—. Si es así, sonamos

—Llevo todo el llavero —dijo Rodovira

Lo cierto es, que efectivamente llegamos a otra puerta, que si bien era de metal, solo estaba trancada con un pestillo grande, que logramos abrir sin problema. Una vez que la cruzamos, la dirección del pasadizo cambió. Ya no había más camino adelante, ni esa forma de cuadrado con cuartos separados. El sendero, estrecho y de paredes de concreto despedazado, giraba 90° a la izquierda y se veía como un callejón profundo. Los tres nos miramos, como preguntándonos si estábamos seguros de seguir. Ninguno reculó, por lo que continuamos. En la medida en que avanzábamos, un

olor muy metálico se hacía más patente. Erwan dijo que olía a tren. Yo, no supe definirlo. Caminamos asegurándonos con las manos en las paredes por todo el recorrido. De nuevo la ansiedad que sentíamos se expelía con cada exhalación, las que podíamos incluso oír, debido al encierro que daba la acústica perfecta para los ecos.

Ya llevábamos unos cien metros y de pronto sentimos que nuestro avance era en subida, leve, pero subida al fin. Parecía que el camino fuera a sacarnos a la superficie. Nos topamos con una pasada, sin puerta esta vez, la que nos acercó a ruidos de fierros, aumentando la percepción de olor metálico. Después de unos pasos, el camino se bifurcó. Para un lado, en línea recta, era evidente que saldríamos a alguna parte, suponíamos que al suelo de la superficie. El otro camino, giraba a la derecha en 90°. Optamos por el primero, para ver a qué parte nos sacaría el túnel. Antes de irnos, hice una marca en la parte de concreto de la pared con un lápiz de tinta que llevé, para así poder volver y ubicarme. Erwan y Gastón siguieron adelante. Al final del camino que tomamos, se veía una pequeña luz que bajaba recta desde el exterior. Llegados ahí vimos que había una rendija de unos ochenta centímetros, por donde se colaba la luz exterior. Junto a ella, frente a nosotros, una puerta cerrada. Estábamos seguros de que arriba estaba la Maestranza de Ferrocarriles que quedaba a cuadra y media de nuestro Liceo. No pudimos salir sin embargo, porque la puerta estaba sellada herméticamente, pero al menos tuvimos la satisfacción de saber que habíamos descubierto una red de túneles y pasajes secretos que, pensamos, incluso conectaban muchas partes de este sector de la ciudad.

Nos devolvimos hasta la última puerta que habíamos cruzado, donde había dejado mi marca. Miramos el reloj: las 14:15. Nos quedaba tiempo, y aunque el encierro y nerviosismo comenzaban a tener efecto en nosotros (Rodovira comenzaba a ponerse rojo y transpiraba sin control), los animé a que continuáramos. Erwan aún entusiasmado, tomó la delantera, aunque reconocía que se había perdido entre tanta vuelta. Seguimos el camino que habíamos dejado antes atrás. El pasaje se hizo todavía más estrecho, oscuro y, descendente de nuevo. Mientras recorríamos, tomábamos agua porque el calor nos sofocaba, pero a su vez el frío de las paredes daba el contraste más extraño posible. Un poco más de avance, algo de agua y barro en el piso y las linternas que parecían más útiles que nunca porque la oscuridad podía tocarse. En el silencio del sendero a muchos metros de la superficie, sentimos unos chillidos agudos junto con sonidos débiles como en madera que se multiplicaban; justo lo que no quería toparme y que detesto, estaba rodeándonos: un grupo de varias ratas pequeñas, que salían y escapaban de las luces de las linternas.

—¡Méh pué! —dijo Rodovira— ¿Me va a decir que le tiene miedo a unas lauchitas[3]? jaja —agregó con un tono bastante burlesco para mi gusto y

sorpresa.

—Sí, las detesto, me dan asco. Caminemos rápido, ¿vale? —le respondí sin detenerme.

—No hacen na' poh oye. ¡Más machito! —dijo Erwan, aunándose a la burla de Gastón.

—Paren de molestarme o no les digo cómo volver —aquello sirvió para que dejaran de reírse de mi poco masculina actitud frente a los roedores.

—¿Qué es lo que cruzamos en estos momentos? ¿Qué crees tú? —me preguntó Erwan.

—A ver, si estuvimos bajo la maestranza y dimos una vuelta a la derecha por este sector... imagino que estamos bajo las cuadras del barrio Subercaseaux o cerca del exestadio de Ferro.

—¿Podremos salir pa'rriba? `toy muriendo de calor —dijo Rodovira.

—¡Ojalá! Sería otro logro notable —le dije

Mientras hablábamos y caminábamos, viramos siguiendo el camino y de repente notamos una potente luz a unos diez metros. Corrimos hasta ella y era, tal como creímos, luz natural externa. Provenía de una rendija mayor que la anterior que habíamos visto, de unos 2x2 metros. La iluminación caía justo desde debajo de una de las graderías del antiguo estadio. Por nuestra parte seguimos caminando recto hasta que, unos metros más allá, dimos de frente con un portón de madera con candado por fuera. Primero pensamos que habíamos fracasado y tendríamos que devolvernos, pero luego nos dimos cuenta que el candado estaba sobrepuesto nada más. Lo abrimos y, traspasado el portón, nos topamos con lo que eran los túneles del estadio mismo, que comunicaban desde los camerinos hasta la cancha. Enfilamos por allí, llegando a uno de los vestuarios donde pudimos sentarnos un rato en las bancas para descansar y beber. Rodovira y yo estábamos cansados, pero muy contentos; Erwan miraba todo con ojos sobresaltados. La aventura hasta ahí era perfecta. El descanso lo hicimos corto, para no desaprovechar el tiempo. Salimos del camarín, y fuimos derecho hasta llegar y subir por una pequeña escalerita de unos doce peldaños, que nos dejó en la esquina de unos de los córneres, desde donde pudimos entrar a la cancha. La recorrimos, nos solazamos en nuestra capacidad investigadora y nos sentimos orgullosos; hasta que el viejito a cargo del aseo y mantención del recinto, apareció para preguntarnos de dónde éramos y cómo llegamos ahí. Curiosa reacción adolescente la nuestra, que en vez de responderle, largamos a correr. Rápido nos fuimos a meter al túnel de donde salimos y regresamos por el laberinto desde el cual habíamos llegado. Entre corridas y muchas risas nos adentramos en la oscuridad de nuevo, más rápido de lo que lo

hicimos en la ida. Sin darnos cuenta esta vez, ya estábamos en la puerta donde habíamos percibido las variaciones en la inclinación del terreno. Avanzamos en trote hasta girar a la izquierda, donde, por ir topetándonos como caballos y vacas en rodeo, tirándonos golpes, Rodovira me dio un bien empujón. No hice pie y trastabillé yéndome de espalda a la pared. No obstante ésta no era tal, sino, una puerta de madera que recién entonces los tres nos dimos cuenta, habíamos pasado por alto en la ida. Estaba cerrada con chapa pero no tanto, pues el golpe de mi espalda la abrió. Al verla abierta, decidimos entrar. Vimos que era un cuarto mayor de lo que pensamos. Con un mesón gigante en medio, una par de sillas destartaladas y una de esas antiguas lámparas a parafina. Iluminamos todo con las linternas y el lugar nos pareció en extremo curioso. Metido en el subsuelo, pero dando la impresión de que alguien lo hubiera usado alguna vez... incluso, como si lo usara aún. Sobre el mesón había diarios antiguos y revistas. También una radio chica a pila. Además, repartidos sin orden, unos paños, herramientas y otros artilugios que no sabíamos su uso. Se sentía un ambiente seco, no húmedo, como parecería lo lógico, además de un olor a tierra más notorio que en las demás partes donde estuvimos. En medio de las caminatas lerdas que nos dimos adentro, Erwan, tropezó con algo y trastabilló. Al enderezarse, me dice con voz temblorosa:

—¡Matus, mira! —yo bajé la mirada para seguir la indicación de su mano, y vi a unos escasos centímetros en la pared, algo semejante a un tabique sobre el suelo, metálico. Daba la impresión que algún movimiento potente lo hubiera descolocado de su sitio. Por lo mismo, además se veía sobrepasado por la tierra.

—¿Lo habrá movido algún temblor? —dijo Erwan y no era una pregunta poco acertada. Hacía cuatro años, un gran terremoto había sacudido la zona central del país, y sus réplicas, todavía podían sentirse una que otra vez, según informaban los noticieros nocturnos.

—¡Ayúdenme! —les dije e intentamos moverlo, lo cual conseguimos, no sin mucho esfuerzo, pues el latón, de poco más de un metro y medio de largo por un metro de alto, era bastante pesado, al menos para nosotros. Para nuestra sorpresa, el latón no era otra cosa que una compuerta que debiera dar a otro sótano o algo así. Sin embargo, la novedad fue mayor cuando logramos moverla por completo, dándonos así cuenta que cubría nada más que tierra, suelo. No había una entrada o bajada a ninguna parte. Era solo una tapa metálica, de lo que quizá fue un sótano alguna vez, pensamos. En esas reflexiones estábamos, a la vez que descansando, cuando a pesar de la limitada luz que nos daban las linternas logré ver que algo sobresalía del terreno que removimos cuando tomamos la compuerta. Dirigí mi linterna hacia allá y alumbré. Les dije a los muchachos que hicieran lo mismo para iluminar con mayor potencia y lo

que vimos cambió todo, absolutamente todo...

[1] Embutido de tamaño menor y más ancho que el de la tradicional vienesa. Muy popular en los años ochenta

[2] Expresión campesina que alude al acto de arreglarse o prepararse con todo lo necesario para una tarea, especialmente referido a la vestimenta huasa.

[3] Término chileno para referirse a ratas pequeñas

## Capítulo 5

### **Marzo, 1990**

El ambiente de Santiago en estos días tiene algo especial. Iniciamos marzo con una sensación de alegría contenida, con mucho de euforia, bastante de incertidumbre y lo suficiente de nostalgia. Es que, después de dieciséis años de un gobierno impuesto, dictatorial, causante de tanto daño a demasiados chilenos, lo que ahora, en pocos días se está a punto de vivir, resulta un hecho no solo histórico y de repercusiones mundiales, sino además reivindicatorio para la sociedad democrática y republicana de Chile. Y esa sensación de la capital, sin duda es representativa de cada una de las regiones, provincias, ciudades, comunas y poblados de este maravilloso territorio austral.

En solo once días se vivirá un acontecimiento impensable para la gran mayoría hace algunos años: el gobierno por el pueblo, vuelve al pueblo. En las manos y espalda de Patricio Aylwin Azocar, primer presidente elegido democráticamente tras el golpe de estado de 1973, quedará el trozo de historia más importante de las últimas tres décadas.

La resonancia de este suceso es de tal magnitud, que cientos de periodistas en representación de muchas agencias internacionales y de diversos medios de comunicación, se hacen presentes en el país para llevar al detalle el evento. Los medios nacionales por cierto, llevan la delantera en la efervescencia mediática: canales de televisión, radios, prensa escrita; todos con un despliegue a tope. El total de los periodistas asignados a cubrir el magno evento, debimos pasar por una serie de certificaciones, para poder acreditarlos la garantía de estar presentes en el palacio del senado, donde se llevaría a cabo el traspaso de la banda presidencial. Y allí, entre esos, estaría yo, luciendo mi tarjeta de solapa: Paula Martínez – Prensa Nacional.

No obstante, por extraño que parezca, aún a poco de un acto de tal relevancia, mi cabeza estaba a saltos entre el presente y mi informe del asesinato descubierto en el subterráneo de aquel Liceo. No podía evitar que mis pensamientos fueran persistentes en ir hacia los relatos que leí, las grabaciones que oí, y lo que yo misma pude presenciar y compaginar. Me era casi imposible sacar de la mente aquellas situaciones tan potentes, así como sus consecuencias y los cambios que produjeron.

En mi departamento, en la oficina de redacción del Diario, fuera donde fuera que yo estuviera, volvían a mí cientos de imágenes. Tenía la presión de terminar mi informe pronto. No me permitiría desperdiciar toda aquella tan exhaustiva y formidable labor realizada, con el fin de hallar la verdad y exponerla; una tarea sin egoísmos ni reparos en costos personales. Así, tal cual como lo asumió quien encabezó el develamiento

de lo ocurrido con esa desafortunada mujer. Un personaje clave, un hombre especial; un notable, sagaz y talentoso investigador privado.

## Capítulo 6

### PARTE II

Detective Lobos

*Agosto 1989*

—Siempre hay poco tiempo

—Tenemos vidas ocupadas, Miguel Ángel

—El maldito mundo... con su infernal y desastroso aceleramiento

—Estamos en el mundo, no pode...

—No me digas qué no podemos Paula. Todos podemos darnos el tiempo, si queremos.

—Bueno, yo quisiera tener el tiempo para muchas cosas, pero no lo tengo. Debo irme ya. Gracias por el café. Hablemos luego por teléfono si quieres.

Se despidió con un beso y se fue. Había sido una noche muy excitante. De charla, risas y hacer al amor extasiados. Pero, solo eso, una noche. Al día y semanas siguientes nos manteníamos como antes; lejos y sin saber si nos veríamos de nuevo. Paula era una mujer bella y brillante. Periodista egresada de la Universidad de Santiago, inquisitiva y con ese perfil investigativo que nos había llevado a conocernos en un caso que ambos investigamos por distintos senderos y motivos. Así la conocí; inteligente y sagaz, a veces sintiéndose "demasiado para el hombre promedio, porque le tenían miedo a una mujer inteligente", solía decir. Ahora la veía irse caminando y aunque tenía ganas de correr, besarla y decirle que quería seguir con ella más tiempo, que intentáramos algo más, no lo hice, como cada vez que nos veíamos, de tanto en tanto.

Ya eran tres años de conocernos, y ninguno decía nada que indicara al otro, que quería una relación más comprometida o estable. Estaba en un acuerdo no verbal sino tácito, que ambos nos esforzábamos por cumplir. Ninguno tenía el tiempo para generar un lazo mayor: ella viajando seguido por sus investigaciones, tanto más ahora, que con la segura llegada de la democracia, se estaban abriendo cientos de expedientes y situaciones que indagar en Chile y hasta en el extranjero, que ya la había llevado a un par de países. Yo, por mi parte, si bien tenía casos que ver,

mi tiempo siempre fue más flexible. Mi nueva vida de investigador privado, en un año, me ha llevado por todo Chile, buscando infidelidades, soluciones de patrias potestades, embargos, herencias, casi todo lo vinculado a fraudes y estafas. No era mi ideal, pero al menos tenía trabajo y me mantenía alejado de crímenes y droga; temas que por más que me llenaran el gusto vocacional y los bolsillos, me exponían al riesgo y, esta vez no quería romper mi compromiso conmigo mismo. Llevaba casi tres años libre de probar cualquier alucinógeno, lejos de peleas, homicidios y muertes. Quería seguir así, a distancia de las cosas que me alejaron de mi anterior labor como detective de la Policía de Investigaciones de Chile[1].

Siempre reconocí que, quizá mi departamento tampoco era un lugar tan acogedor como para que Paula quisiera quedarse mucho más. Apenas un espacio de tres por seis metros cuadrados, divididos en un dormitorio y una cocina que apenas contenía una mesa redonda y un refrigerador. Era lo poco que tenía, pero me conformaba con eso. Nunca fui de posesiones ni de desearlas. Arriendo este espacio, que ocupo de dormitorio y oficina a la vez, en un buen barrio residencial en la cercanías del centro, con las avenidas Vicuña Mackenna y Santa Isabel colindando, el parque Bustamante atrás y el movimiento nocturno de Plaza Italia. El sector me tenía muy satisfecho.

De vuelta en mi "sucucho", después de la despedida de Paula, me dispuse a ordenar un poco para luego hacer algunas llamadas a clientes probables. Empezaba aquello cuando el sonido del teléfono se me adelantó.

—¿Aló? —una voz de hombre mayor me habló

—¿Aló? ¿Quién habla? —pregunté

—Buenas tardes. ¿Con el señor Lobos? ¿Miguel Ángel Lobos?

—¿De parte de quién?

—¿Es usted?

—Podría serlo o no. Pero es más importante saber quién lo intenta ubicar.

—(sonrisa) Muy bien, me parece acorde a su labor el cuidado de su identidad. Soy René Segovia, Director del Liceo Técnico Industrial A119 de la comuna de Santiago.

—Buenas tardes señor Segovia. Disculpe. Usted efectivamente habla con Lobos, investigador privado a su servicio.

—Sé quién es señor Lobos. Necesito evaluar una situación que podría requerir sus servicios. Pero, antes, desearía conversar en persona con

usted.

—Usted me dirá.

—¿Le parece que lo visite en su oficina o despacho?.

—Mi despacho no está en condiciones ahora, ni por un tiempo. Preferiría que nos juntáramos en un café, si no le es inconveniente.

—No, no. Me parece bien.

—Hay un buen café en calle Merced, llegando al parque forestal. Se llama "Café Mosquito".

—Sí, lo conozco. Que sea allí entonces —dijo el director—. El próximo martes a las 11am, ¿le acomoda?

—Muy bien. Lo agendo. Nos veremos.

—Bien entonces. Gracias. Buen día señor Lobos.

—Buen día don René, hasta luego.

Nunca está de más un nuevo "servicio" como le llamó este señor Segovia. ¿Qué podría querer un director de Liceo? Como sea, al menos tendré algo para ocupar mi mente y no darle mil vueltas al "caso Paula".

\*\*\*

—Disculpe señor Segovia por el retraso —eran 11:25am—. Siempre creo que tengo el tiempo bien controlado, que llegaré a la hora, pero mis cálculos son un serio conflicto. O una calle está cortada por un accidente, por un desvío, por mil motivos; o, mi auto falla de improviso, o en el apuro de salir dejo algo y debo regresar, con el resultado evidente de retraso. En fin. Le pido me excuse.

—Yo por el contrario, soy muy aplicado al tiempo y me gusta la puntualidad. No es una buena tarjeta de presentación retrasarse señor Lobos. Por fortuna para usted, su recomendación es muy superior a su falla.

"¡Vaya! el tipo es un pelmazo", pensó.

—Bien, ya estamos acá. Usted dirá —le dije mientras llamé a la señorita que atendía las mesas.

—Lo que quiero pedirle no se lo diré ahora mismo. Eso lo dejaremos para cuando, tras evaluarlo, me convenza que usted es el hombre adecuado.

Pero hoy, le dejaré lo suficientemente informado.

—No me gusta que me evalúen, señor Segovia. No tengo jefe y mis clientes tampoco son mis jefes. Usted dijo tener buenas recomendaciones de mí, que no sé quién se las daría, pero al menos supongo hablan de por sí de mis capacidades. Las reglas son: me encarga algo, yo lo hago según mi modo, con mis formas y en mi tiempo. Solo así garantizo algún resultado, de otra manera, busque a otra persona y ahorremos ambos...

—Está bien, yo no tengo problema en que haga lo que le solicite usando sus métodos y formas pero, yo también hago mis cosas a mi manera. Y una es, que yo le entrego esta carpeta —sacó una carpeta plástica amarilla y me la entregó—. Usted la ve, la lee, se informa y nos juntamos. Estoy seguro que le interesará —agregó.

—Lo que le digo desde ya señor Segovia es que con droga no me meto. Son dos los tipos de casos en que me resto: ni casos de drogas o narcotráfico, ni de índole política, militar o relacionada. Le repito, no sé quién me recomendó pero puede que no sea exacto a como le dijeron.

—Llévese la carpeta detective, estúdiela y luego me llama —me dijo sin atender a mis palabras—. Yo, por ahora, me retiro. Ya tomé café en los veinticinco minutos de espera. Señor Lobos —me dijo, hizo un ademán de quitarse un sombrero que no llevaba, se levantó, me extendió la mano y se fue.

Tal vez pensó que me llevaría la carpeta y la vería en casa, pero no soy de los que aguarda. Abrí el archivador y dentro había muchos documentos, cuidadosamente mantenidos en forros. Los primeros eran noticias, más abajo, un parte policial que reseñaba, junto a una fotografía y un currículum de una mujer de unos treinta años, su desaparición en septiembre de 1973.

Me dediqué a leer los reportes de diarios que databan de apenas un año atrás. Titulaban:

"Familiares de Detenidos Desaparecidos[2] durante el régimen militar, reúnen lista de personas buscadas". "Se abrirá expediente de casos de detenidos desaparecidos", "Se solicitará a gobierno militar que entregue lista de desaparecidos a organizaciones de derechos humanos[3] con las ubicaciones de los cuerpos".

¿Qué quería este señor Segovia? ¿Acaso sería uno de esos casos algún familiar suyo? ¿Me pediría que investigara y encontrara a una de esas personas? Todo eso me hizo rememorar tantas horas de discusión y charla con mi antiguo profesor de ciencias políticas, el gran Arturo Urzúa. Siempre teníamos excelentes conversaciones, con verdadera altura de miras, que nos llevaban a evaluar el momento y entorno político social del

país. Aunque había pasado un par de años que no éramos alumno y profesor, nos juntábamos en algún café a platicar. Lo hicimos incluso hasta el mismo año de su triste fallecimiento. Recuerdo los diálogos, mi seguridad y por sobretodo su paciencia en nuestra última ocasión de tertulia a principios del año 1988:

“—Lo cierto, profesor —le decía con seguridad—, es que desde el plebiscito del año 1981, por el cambio de constitución, ha corrido esta suerte de murmullo solapado que dice que Pinochet entregará el gobierno. Pero, yo no soy de creerlo. Las huestes de la junta militar tienen plena confianza que en el nuevo plebiscito de final de año, por el Sí o No de la continuidad del régimen militar, ellos ganarán. Por tanto, estos casos de detenidos desaparecidos, o de crímenes por parte de los milicos, no es algo que me sea interesante. Prefiero evadirlos, Arturo.

—Al igual que tú, Miguel —me respondía con paciencia—, no confío que todo sea tan suave como quieren hacerlo ver. Uno tiende a dudar que Pinochet entregue el poder así nada más, con facilidad. Se rumorea que algo dejará amarrado, procurando mantener el mando o control. A pesar de ello, sin embargo, no podemos caer en pesimismo colectivo ni mucho menos ser meros espectadores.

—Por lo mismo, profesor —persistía en mis argumentos—. En unos años, todos los que instiguen indagaciones o investiguen acerca de los muertos en aquellos años después del golpe, engrosarán la lista de desaparecidos. Y yo, no quiero ser uno.

—De acuerdo, pero hay un tema de conciencia social mi querido futuro detective de Investigaciones. Está bien no querer arriesgar el pellejo, pero el sensibilizarse ante el sufrimiento de muchos, te haría mejor persona, mejor profesional. Ya verás el día que por fin abras tu mente a ver la realidad que escabulles —sentenció.”

Tan sabio siempre fue el viejo. Por lo mismo, sabiendo que él tenía razón, no me detuve ni a ver la foto ni los detalles de la persona que aparecía en la carpeta. Era la opción que tomé hacía mucho: el librar a “mi mente de ver la realidad”. Se lo había dicho al director Segovia: el que no veía casos políticos ni relacionados. Por tanto, estaba decidido a decirle que no atendería el suyo; solo necesitaba antes una charla previa con Paula.

\*\*\*

—Gracias Paula por venir.

—Por nada, somos “amigos” ¿no?

—Sí... claro... —respondí con algo de desdén.

—Tú dirás. Por teléfono parecías muy interesado en mi ayuda y conociéndote es porque lo que necesitas debe interesarte de verdad.

—Bueno, ¿qué sabes de los dd en Santiago? Me refiero a si se ha logrado determinar con exactitud los lugares usados como centros de detención o tortura. Por cierto, no espero la historia oficial.

—Debo imaginar que en algún momento me dirás tu motivación y la historia detrás de esto porque, que recuerde, ese tema nunca te interesó.

—Sí, lo haré.

—En términos generales, lo que se sabe todavía es poco, pero todos estamos conscientes que se vendrá una avalancha de información; cientos o miles de parientes solicitando saber de sus seres queridos desaparecidos. Las agencias que por tiempo han hecho un trabajo humanitario bajo amenaza y en clandestinidad, ahora podrán salir de la oscuridad en que debían trabajar y sacar a la luz expedientes de miles de personas borradas por la dictadura de Pinochet.

—¿Puedes acceder a esos listados de gente desaparecida, con nombres o con ciertas características?

—En el departamento de prensa tenemos contactos más certeros con informantes y, mucho más a través de la Vicaria de la Solidaridad, que nos datean y, nosotros a su vez, les ayudamos con publicaciones al respecto. Tú mismo podrías acudir.

—Bien.

—¿Está todo bien? ¿Tienes un nuevo caso?

—Escucha Paula, te pediré dos cosas: un listado de gente dd que puedas conseguir. Junto con ello me servirían algunos contactos de individuos que tengan, o tuvieron, alguna vinculación con casos de esa índole. Quizá hayan investigado o les hayan llegado a sus oídos, por su labor, diferentes "rumores" de personas asesinadas durante ese período y que nunca fueron halladas.

—Al parecer tienes algo potente.

—Tengo una información de primera mano respecto a una persona que supuestamente habría sido asesinada en un sector de Santiago y que nunca apareció.

—¿Tienes el nombre de esa persona y el lugar de su desaparición?

—Sí.

—¿Por la dictadura?

—Es probable. Se me hizo llegar lo que te digo y no más que eso. Debo investigar para saber bien los hechos.

—¿Pero no sería mejor que eso fuera remitido a las autoridades?

—¿Tú me dices eso? ¿Crees que las autoridades policiales o políticas harían algo ahora? La democracia aún no se instaura, y aun cuando lo haga, que bien sabes que no lo creo, le esperarán muchos años de instalación para hacer cambios reales.

—¿Quién te pidió esto?

—Es parte de mi secreto laboral.

—Tú nunca habías querido investigar casos de dd ¿qué te hizo cambiar tu postura?

—Mi olfato.

—¿Eso quiere decir...?

—Que no sabemos si es, ciento por ciento, un caso de dd hasta que no lo tenga comprobado.

—¿A qué te refieres con esa incertidumbre?

—A que el caso podría ser otro de los miles de dd, según lo que me entregaron, pero como en todo delito siempre se encubren otras cosas... también existe la posibilidad de que no lo sea.

—Dudas de quienes te contactaron, ¿es eso?.

—En este rubro, bella Paula, se duda de todo. La historia es de hace dieciséis años, debo rearmarla y quizás con qué me encuentre.

—Dices dudar de todo, pero en mi confiaste.

—Ha sido mi karma —dije y al instante me arrepentí

—Podrías haber dicho algo más romántico... esas esperanzas absurdas de

una. Bueno, veré lo que consigo. Te llamaré en cuanto sepa algo.

—Acá te anoto el nombre de la mujer y dónde desapareció.

—Dijiste que me pedirías dos cosas. ¿Cuál es la segunda?

—No era relevante —le respondí, en vez de pedirle un beso y que se fuera aquella noche conmigo, como lo tenía pensado.

—Bien. Nos veremos entonces...

—Nos veremos y, gracias de nuevo.

—Por nada.

—Desde ahora comienzo a indagar.

\*\*\*

*Septiembre 1989*

*(Al teléfono)*

—¿Señor Segovia? —dije

—Sí, detective, un gusto. Espero sean buenas noticias.

—Don René, seré breve y franco. Por lo que me entregó, lo que pude averiguar y lo que creo que quiere, me interesa conversar del caso. No obstante, aún tengo dudas de si valga la pena intervenir.

—Bien, bien, muy bien. Me alegra eso. Es entendible que tenga algunas dudas. Lo que necesite le será facilitado. Tanto medios como información, se lo aseguro.

—Eso espero. Le reitero: para aceptar el caso, necesito una conversación más, en persona y con tiempo suficiente.

—Por supuesto. Lo puedo recibir en mi oficina en el Liceo, mañana mismo si gusta. Después de las 18:30 horas, cuando ya no haya alumnos y solo queden unos pocos profesores, tendremos tiempo y clama para hablar.

—Muy bien, allá estaré. Buenos días.

—Buenos días, detective.

[1] En adelante PDIC.

[2] En adelante DD

[3] En adelante DD.HH.

## Capítulo 7

### **Jueves 14 de septiembre de 1989**

Se ve un lugar tranquilo todo el derredor del Liceo Técnico Industrial. Un barrio muy tradicional, con calles que dirigen a la icónica Estación Central; cuna de la antigua maestranza de ferrocarriles del Estado y hasta el recordado estadio de Ferrobádminton, añoranza de futboleros jubilados.

El edificio estudiantil, tiene un aspecto peculiar. Al llegar me recibió la secretaria, una señora atenta que indicó que debía esperar. Luego de un rato, la mujer me avisó que podía subir a la oficina del director Segovia, lo cual hice sin dilación. Al llegar al segundo piso, el hombre ya me esperaba a la entrada de su despacho.

—Buenas tardes Detective Lobos —me dijo

—Buenas tardes don René. Acá estoy como quedamos, pero preferiría que me llamara Investigador o Lobos a secas. Lo de detective es denominación de la Policía de Investigaciones, lo cual pertenece a mi pasado.

—Muy bien, como usted prefiera. Me reconforta que, independiente de detalles, el caso le interesara.

—Esos "detalles" sin embargo, son relevantes. Aún no hemos firmado papel alguno.

—¿Se sirve una taza de café?

—Sí, lo agradecería mucho —de inmediato solicitó los cafés que llegaron en minutos juntos con unas galletas.

—Sírvase —me dijo—. Mientras tanto, dígame qué es lo que le interesa saber señor Lobos.

—En primera instancia, quisiera saber quién es esta persona que con tanta urgencia quiere que encuentre. ¿Alguna vez se hizo algún avance en su búsqueda que dejara pistas, rastros?

—Gloria Sotelo fue una contadora que trabajó acá, en este edificio, pero en época de la antigua Lechería que funcionaba aquí, a principios de la década de los años setenta.

—¿Todas estas instalaciones fueron una Lechería?

—¿No lo sabía?

—Pues no.

—Así es. Fue propiedad primero del estado, como Colsan o Compañía de Leches de Santiago, siendo una de las más grandes corporaciones de productos lácteos de la capital y del país. Acá llegaban toneles con leche desde el sur que se envasaba para ser expandida o manufacturaba para producción de otros productos lácteos. Tristemente, con el tiempo quebró.

—¿Así que una empresa láctea? Curioso emplazamiento para un Liceo. Ahora entiendo la estructura del edificio, que de hecho me llamó la atención al entrar.

—No lo dudo. Incluso nos ha hecho dignos de muchos chistes y bromas como comprenderá. Los que más los padecen son los alumnos.

—Lo imagino—le dije sin poder evitar la sonrisa.

—En fin, esta señorita Sotelo, era una de las administrativas de la Colsan.

—¿Se supo algo más de ella desde que desapareció?

—En realidad, nada. Solo hay datos y rumores de antes de que se perdiera su rastro.

—¿Cuáles rumores?

—Se dice que estaba muy relacionada con uno de los clientes de la lechera, al parecer tenían una relación oculta, no podría confirmar o desmentir aquello. Pero lo más notorio de su vida, era que tenía permanente comunicación con el Partido Liberal Radical Demócrata[1] de la época. Se supo que asistía a ciertas reuniones en lugares clandestinos. De hecho, precisamente poco después de saberse eso, comenzó a tener problemas.

—¿Qué clase de problemas?

—Como supondrá nada pasaba desapercibido para las agencias de inteligencia militares, aún antes de su pronunciamiento el año 1973. De alguna manera, dieron con esas reuniones clandestinas y comenzaron a vigilar a los asistentes a ellas.

—Ya veo. Sería entonces un típico caso de dd, como se esboza en la carpeta que me entregó ¿no?

—Es lo más probable.

—Y si es así, ¿por qué me buscó a mi señor Segovia? Dado el rotundo cambio que sufre Chile, a dieciséis años ya del golpe, sería mucho más práctico acudir a las nuevas autoridades policiales, de gobierno o incluso a la Vicaría de la Solidaridad, que cumplen muy bien el cometido de hallar a personas perdidas por causas políticas. O en último caso, esperar que se recupere la democracia, faltan meses nada más. Como le dije en nuestro primer encuentro, por lo general yo no atiendo estos casos.

—Detective... lo siento, investigador Lobos, no seamos inocentes. La democracia aún no se instala como bien dice y cuando se haga, posterior a las elecciones presidenciales de fin de año y a la toma de poder el año que viene, solo será el primer paso. Transcurrirá mucho tiempo, probablemente años, para que las fuerzas castrenses den algún indicio de sus asesinatos o de las víctimas que sus actos provocaron. Lo sabe usted, lo sé yo y lo sabe gran parte del país.

—Conuerdo —no tuve posibilidad de discutir una aseveración que coincidía con lo que yo pensaba.

—Pero además de esas razones, no acudí a nadie más, porque este caso tiene otras implicaciones.

—¿Me las dirá?

—Sin duda, cuando acepte tomarlo.

—Entiendo. Lo que sí espero, es que responda una pregunta directa, señor Segovia.

—¿Qué pregunta sería?

—¿Por qué le interesa a usted este caso? ¿Qué lo vincula con Gloria Sotelo o con su desaparición y muerte?

—Lo siento, eso es parte de las implicancias generales del caso. Solo puedo decir que esto no me atañe en lo personal. Pero, no hay más plazo señor Lobos o más información que deba darle; o acepta, o se puede retirar, me devuelve los antecedentes y tan amigos como siempre. Sin embargo, antes de que decida...—dijo a medida que iba abriendo uno de los cajones de su amplio escritorio, desde donde sacó el contrato que ya tenía redactado y me lo entregó. Por cierto, éste incluía los honorarios que se me pagarían, que por lo demás eran bastante más generosos de lo que yo tenía considerado solicitar.

Bebí un buen sorbo de café, cargado como lo pedí. Leí el contrato tomándome mi tiempo. Revisé los puntos establecidos de confidencialidad

así como de plazos, miré detenidamente a Segovia, repasé la carpeta en mi mente y me decidí:

—Está bien —dije—. Lo aceptaré. Veo que tiene todo listo y predefinido —le dije mientras firmaba.

—Queremos que este caso se resuelva pronto. No hay mucho interés en postergaciones.

—Bien. Firmado. Ahora, tiene que desenfundar todo lo que deba decirme. No me agradan ni las sorpresas de última hora ni las miguitas en el camino, ¿comprende?

—Por supuesto. No se preocupe —dijo. Se acomodó en su sillón de cuero café y habló—: Verá, mi relación con el caso, no es en vinculación directa con la señorita Sotelo ni de forma personal, pues de hecho es alguien a quien no conocí. La situación tiene dos aristas que me relacionan. La primera es que ese desafortunado suceso de su muerte, sucedió en este lugar, donde estamos, pero en efecto hace dieciséis años atrás, en 1973, cuando como le conté la difunta era trabajadora de la lechera.

—Vaya, éste es el sitio del suceso entonces.

—Eso y más. Según las fuentes de aquel tiempo, no testigos presenciales pero sí informados del asunto, dicen que el cadáver de la mujer fue sepultado en este terreno —no pude evitar el sorprenderme. Tomé el último poco de café que quedaba en mi taza y le pedí que prosiguiera. Segovia me ofreció un trago de whisky que rechacé, a pesar de que me era muy tentador. Mientras él hablaba, yo tomaba apuntes y registraba todo en mi grabadora portátil.

—¿Dice que este sitio es tanto el lugar del crimen como el de la sepultura?

—Así es.

—Dígame Segovia, en todo momento usted se ha referido a "nosotros"; "queremos", "nos interesa". ¿Quién o quiénes más están con usted en esta búsqueda?

—Eso, señor Lobos, me lleva a la segunda instancia que me pone en relación con este caso. Soy el director de este Liceo, como responsable ante el directorio de la Sociedad Educacional, dependiente de la Corporación Nacional de la Construcción. Y para ellos es esencial resolver este asunto pronto y de la forma menos pública o aparatosa posible. Como es obvio debo cuidar los intereses educativos de mis alumnos, pero también la imagen de la institución. Este Liceo es una plataforma de formación que la Corporación ha proyectado y promocionado con gran

esfuerzo e interés por años. Sería fatal que algo como esto saliera a luz y se volviera carne para los buitres. Sabe de quiénes hablo ¿no?.

—Imagino que se refiere a los periodistas, la prensa —pensé en Paula y que no le gustaría nada la metáfora recurrente que circulaba referida a su profesión.

—Claro, es muy fácil saberlo.

—A ver si entiendo: Usted desea que halle el cuerpo de la difunta en algún lugar de este terreno que hoy es su Liceo. Desea que determine y confirme su identidad y que todo eso no sea sabido ni conocido. ¿Eso?

—Así es. Como ve, por los indicios claros existentes, este es un caso de dd, y por muy populares que sean hoy estos temas en los medios, significaría tener a cientos de policías y la prensa metidos acá por mucho tiempo, con consecuencias de, semanas sin clases y un daño a la imagen de la institución que no se borraría jamás.

—Sí, veo su punto. Dígame para terminar por hoy: ¿Por qué ahora? ¿Por qué después de tantos años? ¿Cómo supo el directorio o usted de esto?

—El rumor siempre circuló, de que acá los militares habían usado las instalaciones a la fuerza; para apresamientos, torturas y posteriores asesinatos. Aquello quedó como mito urbano y con el tiempo fue mutando, hasta que en época presente, el rumor ha cambiado a algo así como: "En el subterráneo del Liceo hay una maestra muerta". Usted comprenderá que eso entre los alumnos se hizo popular y de comidillo.

—¿Me dice que un rumor de años, y que ahora está en boca de estudiantes de Enseñanza Media, los motivó a buscar la verdad?

—En realidad, eso no es tan exacto ni tan simple. Hemos tenido ciertos sucesos este año.

—¿A qué se refiere?

—A que algunos alumnos bajaron al subterráneo en un par de ocasiones. Por lo mismo, pensamos que es riesgoso que sigan en eso y en su curiosidad llegasen a dar con "algo", peor aún sin tener nosotros como autoridades escolares las riendas del asunto. ¿Me entiende, no?

—Claro. ¿Han dicho algo? ¿Le han hecho algún comentario?

—Nada. Abajo hay unos conductos y pasajes recónditos. No sabemos hasta a dónde llegaron.

—¿Qué hallaron exactamente? —dejé escapar mi pensamiento en voz alta.

—Creo que eso debería ser parte de su investigación —se apresuró en responder Segovia—. Yo les llamé la atención, no los suspendí de hecho, para no generar mayor ruido. Pero usted los puede interrogar.

—¿No le complica que los interroge en algún momento, entonces?

—Para nada. A ellos se les puede decir que está investigando como parte de las indagatorias que la nueva democracia trae consigo. Son jóvenes. Se creerán todo lo que se les diga y no dirán nada; además tienen esa tonta y absurda creencia de que, descubrir cosas sirve de algo para el país —dijo abrochando su chaqueta con esfuerzo.

No le respondí nada pero icómo quería recriminarlo por su cerebro prehistórico! Ya lo haré en algún momento, me dije.

—Escúcheme señor Segovia. No soy perro con cadena. Si me ha pedido que investigue, lo haré, con mis métodos y en mi tiempo, como se lo dije antes. Llegaré hasta la verdad. No aceptaré distracciones ni intentos por sobornarme, ¿me entendió?

—Claro, por algo fuimos hasta usted. Confiamos en que hará lo correcto. Conocemos su historial. Sabemos que fue un buen detective mientras estuvo en la Policía de Investigaciones y que, bueno como todos, cometió algunos errores —la droga está siempre cercana en el rubro de ustedes—, pero honrosamente decidió salir por su propia voluntad. No cuestionamos nada, pero necesitamos de usted, de su juventud y agilidad mental. Tan solo esperamos que cumpla el contrato que acaba de firmar. La confidencialidad es clave. Exigimos ser los primeros en recibir la información que obtenga. Cuanto antes resuelva esto, mejor.

No me agradó para nada su acotación a mi problema en la pdic y me llamó mucho la atención lo informado que estaban de mí. Pensé si eso era bueno en realidad o no. Luego, el hombre quiso enfatizar:

—Queremos que pronto se caratule el caso como lo que es, ¿de acuerdo? Los militares hicieron mucho daño. Imagino el dolor de la familia de Gloria Sotelo. Sería muy oportuno y humano llegar a sus restos, que los pudieran tener sus familiares para darle al fin cristiana sepultura. Hasta ahí llegaremos nosotros. Si usted luego desea avanzar hasta los involucrados de las fuerzas armadas, es tema suyo. Pero, como sabe, la justicia tardará mucho en llegar para ellos.

—Lo sé. Ese tema se verá en su momento.

—Concuerto.

—Bien, creo que por hoy es suficiente información. Gracias por el café. Me quedo con la carpeta y dado que el escenario cambió cuando usted me dijo que acá fue el homicidio, entonces, deberá darme tiempos y espacios para venir a investigar. Necesitaré revisar todo el edificio y sin ninguna duda, bajar al famoso subterráneo a ver qué es lo que hallaron los "Sherlocks Holmes" que tiene entre sus alumnos.

Nos despedimos de un apretón de manos, salí del edificio y me quedé unos momentos sentado en mi Charade. Pensé en lo que me contó Segovia. En mi posición. En el buen dinero que ganaría por resolver un caso que parecía resuelto desde el inicio. En fin. Motor en marcha, conduje hasta mi departamento, tomé una ducha y me puse a planificar el trabajo por hacer.

\*\*\*

El despertador implacable me avisó hace media hora que debía levantarme, pero lo ignoré. Sin embargo, el complot para sacarme de la cama se hizo patente cuando comenzó a sonar mi teléfono. Era Paula que quería verme y conversar. Le dije que viniera al departamento pero prefirió que almorzáramos. Al parecer tenía algo que decirme de mi solicitud de datos de dd.

A las 13:00 horas en punto nos juntamos en el restorán de nuestro gusto en pleno centro de Santiago. Pedimos lo de costumbre, comimos, charlamos de la vida y luego Paula sacó su carpeta.

—Antes de decirte algo, dime tú qué tal te ha ido. ¿Ya tienes más claro de qué se trata todo?

—En esencia es un caso de asesinato de una mujer, en el año 1973, en los días del golpe. Las señas son bastante claras de que se trataría de una de las tantas redadas de los militares. La mujer tenía una militancia oculta en el plrd de la época. A todas luces parece una dd más.

—Diríamos que el caso es simple y está cerrado entonces. Deberás ubicar a la familia ¿no?

—Eso de ubicarlos, ya lo hice, ayer de hecho. Pero no los contactaré hasta no tener verificación empírica de la identidad de ella. Y, respecto de lo simple y cerrado del caso, nunca digo eso, a menos que tenga el cien por ciento de convicción.

—¿Y no lo tienes?

—Me parece que está demasiado redondito. Me extrañan las cosas que calzan con simpleza.

—Jaja, no lo sabré yo. Llevamos años de conocernos. Para mí todo marcha bien, podríamos ser algo más que una pareja que se junta de tanto en tanto, pero para ti, no existe la felicidad total. No te cuadra.

—No mezcles los temas Paula. Mejor dime si me traes algo que me sirva.

—Sí. Contacté a algunos amigos de mi padre que eran militares. Me dieron unos datos. Los otros los obtuve de la Vicaría de la Solidaridad. Adentro están los nombres de los que obtuve y cómo contactarlos, ya que imaginé que querrías conocerlos y entrevistarlos ¿no?

—Me conoces bien.

—Por eso, lo dije. Además te traje un par de periódicos de la época, como comprenderás no hay mucho material periodístico o al menos no muchos que sean objetivamente verosímiles. El golpista gobierno se hizo cargo del control de la prensa escrita, así que lo que te traje es casi un documento histórico e himno a la verdad.

—Será de ayuda. Gracias por los documentos que me traes. Me encanta cuando eres mi "socia".

—Ya... sí... de nada.

—¿Qué harás más tarde?

—No puedo irme a tu departamento, si eso pensabas. Tengo una entrevista que hacer a un ex carabinero arrepentido.

—Tú y tu búsqueda de la verdad y reconciliación.

—Este país tiene una deuda y estoy segura que algún día deberá pagarla. Partiendo por los asesinos que están hasta hoy en el poder. Pero se les acabó su largo cuarto de hora.

—Mejor si llegara ser así. Yo estoy en lo mío, como todos deberíamos hacer. Preocuparse cada cual de sus propias cosas. Así nadie tendría que estar pendiente del resto y avanzaríamos. La vida es corta.

—Ese egocentrismo tuyo me agota —me dijo y se levantó—. Si necesitas algo más, me llamas. Debo irme ahora.

\*\*\*

En el departamento, tomando un vaso de Whisky, revisé con cuidado la carpeta que me dio Paula. Fijé mi atención en dos nombres: Uno, Gerardo Sandoval Arschieri, exgeneral de ejército a quien, por coincidencia, había conocido hacía unos años, en mi época de estudiante de la Escuela de Investigaciones. En cierto caso de estafa interna, donde se le inculpaba, me tocó la circunstancia de ayudarlo a salir exonerado, en parte gracias a algunas averiguaciones que hice. Era un buen nombre como para comenzar alguna indagación más profunda respecto del asunto, tan poco agradable de tratar, de los dd.

El otro nombre fue el del sacerdote jesuita Leonardo Améstica o padre Leo. No lo conocía, pero Paula había puesto en su informe bastante énfasis en él, por sus cualidades y labor humanitaria desde la época post golpe; en especial, tras el triunfo del "No" y la posibilidad de la elección de un presidente democrático. Según leí, desde ese período se abocó con firmeza en exigir la verdad respecto de las personas desaparecidas, de manera que las autoridades de ese tiempo, y actuales, hicieran lo posible por restituir el daño, devolver la paz y tranquilidad a las familias.

Llamé en primera instancia al padre Leo y solicité una entrevista con él. No fue difícil, de hecho bastó decirle el motivo de mi intención de visita y se abrió más la chance de que él hiciera espacio en su agenda. Quedamos en vernos el viernes a las 15 horas en la parroquia de los Sacristinos de Quinta Normal.

Lograrlo con el ex general no fue igual de sencillo. En ese tiempo, se hallaba en un retiro espiritual con su mujer, en el sur y no llegaba sino después de dos semanas más. Por si se comunicaba, le dejé el recado con su empleada de casa, de manera que le dijera de mi llamado e interés en verlo. De cualquier forma, dudé que le diera el mensaje y más aún de que él, estando en un retiro de ese nivel, sin deseo de contacto con la vida real, quisiera saber que alguien de su pasado lo buscaba. En fin, el trámite estaba hecho. Me resignaba a tener que esperar lo que ocurriera.

[1] En adelante PLRD

## Capítulo 8

### ***Semana de fiestas patrias***

Paula consiguió que uno de sus compañeros en la redacción del diario en que trabaja, Esteban Terraza, también experto en sistemas, me diera una mano en conseguir cierta información, pues algo me tenía el cuerpo con urticaria; la desconfianza de todo lo que me decía Segovia. Sentía que me hablaba solo el diez por ciento de lo que sabía y que, de ese porcentaje, menos de la mitad era verdad.

Esteban, me hizo llegar vía correo certificado, una documentación que me aportaba parte de la historia de la antigua Lechera y todo aquel barrio, ahora ya señero. Era un documento municipal, a modo de reporte periodístico, hecho con entrevistas a arquitectos así como a actuales habitantes que alguna vez fueron trabajadores allí.

“La Central de Leche de Santiago funcionó con diversos nombres y bajo distintos regímenes de gobierno por muchos años hasta la década de los sesenta donde se denominó Colsan —decía el reporte en su primer párrafo—. Entrando en los años setenta funcionó con dificultades; fue hasta 1973, que mantuvo su rubro. En Enero de 1974 se declaró su quiebra y fue intervenida. Desde entonces ha estado abandonada y sin uso”.

Qué bien —pensé—, le calzaban esas letras cantadas con desgarró por el grupo juvenil “Los Prisioneros”: “Las industrias, muevan las industrias”.

Ese sentir de pérdida urbana industrial, era aplicable para todo el casco industrial levantado al sur de la Alameda, entre las calles Club Hípico y Exposición. Barrio que se forjó en torno a la línea férrea del tren desde comienzos del siglo XX, contando además con las fábricas que formaron parte importante del imperio textil de aquella época, erigido alrededor de las empresas Yarur y Sumar.

Me resultó interesante que estas compañías —Central de Leche, la textil y la empresa de ferrocarriles— hayan tenido una preocupación especial por el bienestar de sus trabajadores, construyéndoles casas y departamentos. Es lo que continuaba en el reporte:

“Muchas compañías construyeron conjuntos habitacionales para sus empleados. Eran casas de muy buena calidad y con un estándar mucho mejor que el de las viviendas sociales de la época”, aseguró la arquitecta María Josefa Ordoñez, figura central en la investigación del informe, que además agregó: “Pese a que tienen más de medio siglo, no les ha pasado nada. Ni siquiera los terremotos las han dañado”. “Tendrían que dinamitarlas para echarlas abajo”, fue el comentario simpático de un ex

trabajador aludido.

“Cuando terminaban su jornada de trabajo, las empleadas de la fábrica salían con sus overoles verdes y se juntaban a conversar”, cuenta la esposa de un ex trabajador de la Yarur, la señora Ana Herrera. Su padre fue uno de los beneficiados de la población que esta institución creó en 1938. Eran cerca de 500 casas, cuyos terrenos promediaban los 100 m<sup>2</sup> y que no tenían nada que envidiar a un conjunto de clase media de Providencia o Ñuñoa. “Eran de concreto armado y ladrillo, no les entraba un clavo”. Afirmó la señora Herrera.

“Las torres de departamentos Arauco que edificó en 1945 la Caja de la Habitación Popular -y que se caracterizaban por sus pintorescas escaleras en forma de espiral- más las villas Ferrocarriles, San Eugenio I y San Eugenio II (construidas para los obreros de la entonces próspera industria ferroviaria), eran otros de los sectores declarados Conjuntos de Conservación Histórica”. Agregaba como conclusión la arquitecto.

En síntesis, un barrio antiguo, un eje industrial que iba poco a poco muriendo, junto con la década, pero donde aún quedaban vestigios, o mejor aún, testigos de lo que fue en su momento y a posterior. Aún perviven allí, familias y/o sus descendientes que vivieron la época del golpe. Quizá algo supieron, o sepan, de lo que allí ocurrió y de cómo su barrio se vio interferido por las fuerzas militares. Si hubo un lugar de tortura o al menos de arresto, debiese ser información que a nivel vecinal se manejase. Me pareció claro que debía hacer una visita a algunos de aquellos hombres y mujeres que quedaron como retazos de un barrio tan tradicional.

### ***Lunes 25 de septiembre de 1989***

(Al teléfono)

—¿Investigador Lobos?

—Sí, con él. ¿Señor Segovia? ¡Buen día!

—Buen día. Le llamo para pedirle que venga de urgencia al Liceo. Lo que temíamos y comentamos ya sucedió. Los chicos, los alumnos, hallaron algo.

Como un bólido me vestí y salí. Antes de despedirme le dije a Segovia que mantuviera todo como estaba, sin ser tocado ni modificado y que tuviera a los chicos en calma y sin hacer aspavientos.

\*\*\*

Más tarde, cuando llegué al Liceo, solo estaban el director y unos auxiliares. Nadie más. Profesores y demás alumnos fueron sacados de clase, so pretexto de que había un escape de gas desde las alcantarillas y debían evacuar por indicación municipal.

—Don René.

—Miguel.

—Dígame, ¿cómo están los muchachos?

—Hasta lo visto, bien. No hicieron comentario alguno después que llegaron a mí contándome del hallazgo. Los tengo en mi oficina, a la espera de su llegada.

—Muy bien. Y el sitio donde encontraron... —en ese momento caí en cuenta que aún no sabía qué habían hallado.

—...un ataúd —se apresuró Segovia a rellenar mi espacio de duda

—¿Ataúd? imagino que está todo tal cual, como le pedí

—Sí, no se preocupe, ni los auxiliares han bajado.

—Bien, primero hablaré con los jóvenes para saber de los detalles de todo y dejarlos tranquilos para que se puedan retirar a sus casas. Le sugiero que contacte a alguien especialista en Psicología para que les proporcione ayuda, porque es posible que necesiten de ese soporte.

—Sí, estoy de acuerdo.

\*\*\*

—Hola chicos, mi nombre es Miguel Lobos, soy Investigador Privado y vine a causa de su hallazgo. ¿Cómo están?

—Hola. ¿No es carabinero? Pensamos que vendrían los carabineros. —dijo el chico alto que parecía ser el que llevaba las balas. Se portaba muy sereno.

—Por ahora, me llamaron a mí, para no causar más alarma. Ya les tocará a los de verde su momento. A mí me interesa saber cómo están ustedes. ¿Les pasó algo abajo?

—No. Estamos bien. No estamos heridos si a eso se refiere —volvió a responder el chico alto. Ya era evidente que habían acordado que solo

uno de ellos hablaría.

—¿Cómo se llaman?

—¿Nos va a fichar o algo así?

—No, no, tranquilos. Solo necesito sus nombres para tratarlos y tenerlos como testigos. ¿No crees que si quisiera ficharlos o hacerles algo peor, bastaría con pedir sus datos al director?

—Supongo que sí. Él es Gastón Rodovira; él, Erwan Bustos y yo, Gonzalo Matus.

—Muy bien. Gonzalo dime, ¿qué hacían exactamente allá abajo? y lo más importante ¿qué creen que encontraron? —los tres muchachos se miraron con algo de conspiración juvenil, y Gonzalo respondió:

—Por un tiempo hemos estado bajando al subterráneo, primero porque era un lugar prohibido y ya sabes que eso a los jóvenes nos gusta. Al principio, creímos que el subte era solo el zócalo de nuestro taller, pero luego fuimos descubriendo que había puertas, pasajes y cuartos. Cruzamos todo y nos dimos cuenta que hay toda una red de conductos subterráneos.

—Ya veo, interesante. Sigue...

—Bueno, esa red nos llevó hasta la cancha del estadio Ferro y también cerca de la maestranza.

—Bien ¿Entonces? —los chicos se miraron y el crespo al que identificaron como Erwan, aportó:

—Nosotros no sabíamos lo que había abajo, lo juramos.

—Sí claro, les creo. Llévenme a eso.

Gonzalo, con algo de frustración y negando con la cabeza, agarró del brazo al más gordito, Rodovira, quien se aprestaba a levantarse de su silla, entendiendo que yo le pedía que saliéramos.

—Sucedió que en uno de los pasillos —dijo Gonzalo—, sin querer abrimos de golpe una puerta, y tras ella vimos algo sobresaliendo desde el suelo. Con linternas intentamos ver mejor. Fue cuando notamos la esquina de algo que no entendíamos bien hasta que al final, removiendo un poco más de tierra, vimos con claridad que era un ataúd.

—Imagino que se asustaron mucho.

—No fue miedo lo que sentimos, fue asco y escalofríos.

—Claro, por supuesto. De todos modos, fueron valientes chicos. ¿Vinieron de inmediato a avisarle a su director?

—Sí, así fue.

—Muy bien. ¿Vieron algo sospechoso en todo este tiempo?

—¿Más sospechoso? —dijo Erwan.

—Me refiero, por supuesto, aparte del mismo ataúd. ¿Nunca hubo algo que les llamara la atención? ¿Algún objeto, alguna puerta, algún sonido, algo? —los muchachos pensaron por un momento, luego respondió Gonzalo

—No, nada. Un ataúd es más que suficiente.

—Por supuesto. Bien muchachos, quedaran en libertad de irse a sus casas, pero con varias recomendaciones: primero, ustedes no son culpables de nada así es que tranquilos. Segundo, esto queda en estricta confidencialidad, vale decir; no deben comentarlo con sus padres, hermanos, primos, tíos, nadie. Eso hasta que se les diga lo contrario y esté en manos de la policía ¿entendido?

—Sí, está bien —asintieron.

—Y por último, si alguno recuerda algo o se entera de algo más que crea que pueda servirnos...

—Sí, hablaremos con el director. Él ya nos lo dijo.

—¿Ah, sí? ¿Eso dijo? Bien, pero añadiremos que junto con decirle a él, será obligación informármelo a mí. Para eso tomen, acá está mi tarjeta. No la pierdan y no olviden, todo lo que recuerden o sepan, me lo informan. Su director está muy ocupado. Además no es detective. Es mejor que yo me entere y vea cuándo debe saberlo, ¿de acuerdo?

Los muchachos concordaron y tras despedirnos salieron y se marcharon. De seguro tendrían una larga charla de camino a sus casas y una noche de difícil conciliación de sueño. Yo, ahora, debía bajar a verificar el tal subsuelo y el hallazgo macabro.

## Capítulo 9

Por fortuna, en la pequeña maleta de mi poco apreciado Charade, siempre llevaba elementos que pudieran ser requeridos en casos imprevistos de investigación. Esperaba que Segovia de verdad hubiera mantenido en aislamiento y protección la escena del crimen, según se lo indiqué, de modo de que aparte de la presencia invasiva de los chicos, nada más hubiera contaminado los indicios y pistas allí presentes. Revisé que en mi maleta contaba con todos los equipos apropiados para el recojo de muestras, fueran éstas restos biológicos, balísticos, toxicológicos, papilares, huellas de pisadas etc. Tenía mis guantes, pinzas con puntas de goma, soluciones, contenedores que van desde los sobres de papel, hasta recipientes de cristal estéril. Asimismo, transportaba los materiales más recomendables para el envasado de las muestras: sobres de papel, cajas con tapa, bolsas de primer uso o bolsa transparente con cierres herméticos, envases de plástico (esterilizados de boca ancha con tapa rosca, tubos y frascos con tapa) y hasta probetas. Además de una linterna grande, mi cámara fotográfica y un foco potente que me permitiría iluminar abajo en el subsuelo.

Siempre fui de los adelantados en la asignatura de Criminalística, por lo que el procedimiento que debía llevar a cabo, era algo que dominaba bien. Tenía muy presente que debía evitar, a toda costa, contaminar el indicio existente con los instrumentos que utilizara.

En un primer momento me dejé guiar por el auxiliar del Liceo que parecía conocer muy bien los escondrijos del subsuelo. Caminamos por las estrechas entradas hasta que ingresamos en el túnel más amplio, por donde los muchachos me relataron que en su retorno habían "tropezado" con la puerta. En ese punto, le pedí al hombre que no avanzara más ni entrara al cuarto, a pesar de su buena voluntad y ofrecirme ordenar el espacio. Solo accedí a que pusiera más lámparas que ayudaron a mantener iluminando desde el exterior del cuarto. Luego, le indiqué que me dejara solo para realizar mi labor, procurando seguir las recomendaciones de la disciplina criminalística, dentro de lo que me

permitía el espacio con que contaba y la urgencia de la situación.

Dado que la Escena del Crimen estaba en campo cerrado, el método de registro más adecuado a aplicar, creí, era el de cuadros, vale decir; dividir la escena en dos o más cuadros marcados con tiza, asignándole un número o una letra a cada uno. Si bien trabajaría solo yo como perito, esto al menos me ayudaría a ordenar mental y espacialmente mi trabajo.

En principio, como sabía, en todo caso de búsqueda de indicios y/o evidencias, ésta se realiza desde lo genérico hacia lo específico; sea en campo abierto o en campo cerrado, del exterior hacia el interior; e interpretándose las mismas con el apoyo de todo tipo de información, si la hubiese. Por lo tanto, luego de marcar las zonas externas al cuarto, fueron éstas las primeras que revisé. Empecé tomando fotografías, para lo cual tuve que valerme del foco que portaba. Un par de fotos en los cuartos contiguos antes del pasillo que conducía hasta allí, del piso y paredes, procurando verificar la existencia de algo que indicara una acción por parte de, el o los asesinos, y también de la víctima. Asimismo, señas de si alguien transitó por ahí. Para ello portaba algo de macilla por si pudiera requerirla para tomar copia como molde de algún elemento, por ejemplo: huellas de pisadas, de neumáticos, dactilares, etc. En el caso de huellas de pisadas, podía tomar la muestra con una cinta adhesiva o simples tomas fotográficas con luz rasante.

Una vez de vuelta dentro del cuarto del hallazgo, el principal indicio que entregaba el caso, nada menos que un ataúd con un cadáver, en circunstancias normales podría ser trasladado, pero en vista de que lo más seguro es que no podría moverlo a peritajes, se convertía en una evidencia Fija cuyo único procesamiento factible de realizar, en definitiva, sería el de capturas fotográficas, o moldeados in situ de algunas partes.

Por otro lado, las evidencias Móviles tales como: fibras, cabellos, trozos de algún material de tela o género, armas, herramientas o hasta el mismo cadáver del que pudiera extraer alguna parte, las tendría que envasar con sumo cuidado para no continuar aportando al deterioro que con el tiempo ya sufrió y trasladarlas a laboratorios para su peritaje; si es que conseguía sacarlos del Liceo. Sería fatal que una mala maniobra de envasado, embalaje o etiquetado las dañara aún más.

Recordé: "La finalidad de la perennización es fijar para la posteridad las condiciones generales y específicas en que se encontró, por separado, cada elemento constituyente de la escena del crimen y la composición misma de todos los elementos juntos; para poder conseguir una análisis contextualizado de las evidencias y/o indicios". Concepto que, como otros, eran parte del recitado que debíamos hacer de ciertos procedimientos y icuánto nos lo inculcaban los instructores!, reiterando vez tras vez que, mientras más sincronizado estuviera nuestro cerebro, automatizando cada

fase del proceso, menos espacio dejábamos a errores por descuido.

El ataúd se hallaba en la misma ubicación en la que lo habían dejado los chicos. Esto era, en diagonal respecto de la entrada. El cajón era de madera rústica y el mismo adjetivo cabría para su forma; una caja rectángula con tapa. Lo que sí debía decirse en favor del armatoste era que estaba bien terminado en las juntas. Era bastante pesado y sólido, lo que sin duda ayudó a la conservación del cuerpo; esqueleto en este caso. Corrí, no sin esfuerzo, la tapa, primero parcial y luego totalmente, dejando las osamentas a la vista. En todo momento que realicé la labor forense fui tomando apuntes y registrando con mi grabadora de bolsillo, lo que veía o hallaba. Como primera observación noté que el esqueleto estaba completo, pero se hallaba desnudo, lo cual implicaba que: o sus ropas fueron derruidas por el paso del tiempo, lo que no sonaba muy factible dado lo bien conservado que se veía todo lo demás; o, el cuerpo se hallaba desnudo al momento de ser sepultado. Luego, tomé medidas de hombros y caderas, así como de los huesos más largos de la estructura ósea humana; lo cual permitiría determinar sexo y edad aproximados. Observé que no había golpes contundentes, fracturas, fisuras, ni ninguna marca indeleble, lo cual hacía entender que la persona fallecida no había sufrido traumas ni antes de su homicidio ni en el mismo. Tampoco se percibían acribillaciones, ni flagelaciones, ni daño penetrante hasta algún hueso, incluyendo el cráneo, como las producidas por acción de balas de pistola, metrallas o esquirlas de alguna detonación. Por último, revisé qué más había en el cajón junto al esqueleto. A primera vista no me percaté de nada especial. Pero, sí me llamó la atención, ver el esqueleto con sus manos cruzadas sobre su vientre. Parecía que quien la enterró, la dejó en esa posición. ¿Sería el mismo asesino quien la dejó de esa manera? ¿Por qué? ¿O sería alguien que halló el cadáver? Al fotografiar me detuve en su cráneo, tomándolo desde diversos ángulos y terminando con más instantáneas del cuerpo completo: todo su torso, costillas y caderas; sus piernas, pies, brazos y manos. El material me parecía abundante.

Antes de retirarme decidí revisar todo el sitio, una vez más. El cuarto estaba bastante frío y húmedo. En el gran mesón que estaba en el centro, diarios y revistas muy antiguos se sumaban a las evidencias. En un rincón, una pala, como recordatorio del agujero que se cavó. La única "arma" a la vista, si la podía llamar así, era un cuchillo mantequillero de tamaño mediano, con dientes de poco filo. No daba la impresión de ser el arma mortal. Fue llamativo, asimismo, ver una silla de madera. Se notaba maltrecha y carcomida pero, su presencia allí, me hacía pensar que tal vez el asesino la usó una vez que terminó de sepultar a su víctima y, por qué no, durante algún tiempo después.

Ya tenía muestras fotográficas así como las varias cosas que recoger de la escena del crimen, por lo que entonces correspondía envasarlas adecuadamente. La cámara, la guardé con cuidado para llevar al revelado.

El cuchillo mantequillero lo tomé por sus extremos, sin tocar su superficie lisa y lo coloqué en una pequeña caja de cartón sujetándolo con cordeles que cerré con cinta adhesiva. Luego agregué el etiquetado respectivo señalando: lugar donde fue recogido, quién lo recogió y, una observación importante: frágil.

Respecto de los diarios y revistas, se requeriría una búsqueda de huellas dactilares en ellos, por lo que los envolví sin doblar y los puse en un sobre grande de papel. El sobre lo había rotulado con anterioridad para enviarlo al laboratorio de Dactiloscopia, donde le aplicarían la técnica más apropiada.

La pala, la coloqué dentro de una gran bolsa negra, de las que se usan en transporte de cuerpos. En cuanto al cadáver, registré todo respecto de la posición, orientación, situación y cualesquier otros detalles que fueran importantes mencionar. Del examen externo del cadáver y tomando en cuenta los fenómenos cadavéricos que presentaba, así como medio ambientales y del tiempo transcurrido, tenía claro que establecer el cronotanatodiagnóstico[1], sería muy complejo.

\*\*\*

Cuando ya subí a la superficie, el cambio de oscuridad total a la luz del día, fue drástico, pero muy gratificante. Fui hasta la oficina de René Segovia y le informé de las labores ya concluidas abajo, en el subsuelo.

—Me llevaré esta información y algunos artefactos que hallé. Todo lo haré analizar por peritos —le dije

—No se preocupe detective. Como le comuniqué desde un comienzo, nosotros tenemos todo considerado. Es ahora que viene la parte de cumplir con lo que decía su contrato, recuerde: "estricta confidencialidad". Así es que lo que encontró y sustrajo del subterráneo, lo mantendremos acá, bajo nuestra custodia, temporalmente. Acá le hago entrega del nombre y datos de una persona —me ofrece una tarjeta— a la que acudirá con lo que ha recabado respecto del cuerpo y demás evidencias de su muerte. Es un profesional de alta calidad, trabaja en este hospital de renombre, donde podrá hallarlo. Él ya está al tanto de la situación, de que usted le irá a ver mañana a primera hora y que requerirá de sus conocimientos.

—Preferiría que fuera alguien que yo conozca a quien...

—Investigador, por favor. Le pido se ciña a lo acordado. Hasta acá lo ha hecho todo muy bien y ha cumplido. Una vez que entregue de vuelta a nosotros los resultados de lo que nuestro contacto determine en cuanto a la identidad del cadáver, si es lo que suponemos evidente, usted podrá dar cuenta a la familia, dando el caso por cerrado. Nosotros lo

informaremos a las autoridades y todos habremos cumplido nuestro papel en esta penosa situación. Responderemos también así, ante la historia de nuestro país respecto de los dd que fueron asesinados, como la infortunada señorita Sotelo.

Hasta el revelado del rollo de la cámara con las fotografías se me indicó dónde se haría, para luego ir a retirarlas, en un par de días más. Preferí no rebatir nada. Y aunque en un momento pensé de todos modos contactar a mis amigos forenses, creí que no era lo apropiado. Debía cumplir lo que firme como contrato y no tenía razón para complejizar más un caso que se veía bastante claro.

Antes de marcharme, le indiqué a Segovia que para evitar nuevos inconvenientes, debían colocar barreras, sogas y cintas de seguridad con avisos o letreros, con anotaciones grandes y legibles que indicaran "prohibido el ingreso", así como disponer de vigilancia responsable. Aquello serviría para advertir a cualesquiera hasta dónde podían llegar y, por sobre todo, para proteger las evidencias de ser alteradas por agentes ambientales o de plano, destruidas por intrusos.

\*\*\*

### ***Martes 26 de septiembre 1989***

La mañana, estaba siendo la más fría hasta ese momento, por lo decidí salir con bufanda, dado mi tendencia a los resfríos y afonías.

Subí al Charade y dejé el motor por unos minutos encendido, mientras prendía mi cigarro; auto y piloto nos calentábamos antes de salir. Cuando ambos estuvimos a temperatura, marché con destino a la avenida La Paz. El instituto forense de la Universidad Nacional Capital, era mi destino, según el dato que René Segovia me había dado. Él había fijado para mí, una cita a las 09:30 con el doctor Juan José Gorigoitia, médico forense reconocido por su trayectoria nacional.

Al llegar, en la recepción pregunté donde debía ir y me indicaron que subiera hasta el quinto piso. Fui hasta allá por ascensor. Saliendo de éste, se abrió ante mí el gran y típico pasillo de hospital; frío y con ese olor extraño a instrumental médico tan desafiante para mis dientes. Caminé hasta una ventanilla entre abierta, a cuyo lado colgaba un letrero con horarios. Hablé, alzando la voz, hacia la habitación que parecía vacía:

—¡Buenas! ¡Necesito hablar con el doctor Gorigoitia! ¡Tenemos cita!

—Deme su nombre —me dijo una buena moza enfermera de grandes y bellos ojos azules, que logré ver solo cuando se acercó a la repisa de atención. Revisó un libro con encargos y marcó el anexo desde su

teléfono. Dio aviso de mi presencia y colgó.

—Señor. Siga por el pasillo, ubique la oficina 513. Allí le espera el doctor.

—Muchas, muchas gracias. ¿Usted pone inyecciones? —le pregunté mirándola a los ojos. Ella atinó a bajar la mirada, menear su cabeza de lado a lado y sonreír.

Caminé hasta la puerta 513 y golpeé. Una voz me autorizó a pasar.

—Buenas tardes, doctor —dije al entrar

—Buenas tardes, señor... Lobos, ¿no?

—Así es.

—René ya me puso al tanto del caso. Puede darme lo que trae —me dijo con convicción

—Esto es —le dije al tiempo que le entregaba el material que le separé—. Quizá le parezca poco o insuficiente para llegar a deducciones concretas. No sé si sea lo que se necesita.

—Lo es, no se preocupe. Existen técnicas avanzadas.

—Ah, muy bien. Me reconforta oírlo. Y... ustedes se conocen bastante ¿no?

—Sí, desde el servicio militar —me respondió, sin mucho ánimo de charla—, a ambos nos tocó en Colina.

—Ah, tienen anécdotas juntos entonces.

—Sí alguna que otra —me dijo sin mirarme y mientras revisabas las instantáneas y apuntaba algunas líneas en un cuaderno.

—Pero nada como hallar un cadáver de hace dieciséis años y tener que determinar su identidad, todo a ocultas... —Gorigoitía sintió el golpe. Dejó de escribir. Para nada le gustó mi insinuación.

—A ver, detective. Yo estoy cooperando acá. Nada tengo que ver en este asunto ni entiendo hacia dónde apunta con su ironía. Creo que mejor me deja las muestras y nos comunicamos por teléfono cuando tenga los resultados.

—Muy bien. Usted es el experto en esto. ¿Cuánto tiempo pasará?

—Debería tener algo la próxima semana.

—Esperaré su llamado. Le dejo mi tarjeta.

—Le llamaré. Hasta luego.

—Hasta luego.

A la semana exacta Gorigoitia me llamó.

—Aló, detective Lobos, soy Juan José Gorigoitia

—Sí, doctor, dígame

—Están los resultados, puede enviar a retirarlos.

—Muchas gracias, me alegra. Mandaré por ellos. Pero, ¿podría adelantarme algo? Estoy necesitando atar cabos.

—Es Gloria Patricia Sotelo Candia. El cadáver corresponde en un 99% al de esa mujer.

—Ok, le agradezco doctor. En la mañana irá alguien a retirarlos

—Buenas tardes detective

—Buenas tarde doctor

[1] Conjunto de observaciones y técnicas que permiten señalar dos momentos en lo que, con mayor probabilidad, se ha producido una muerte.